

Conducta



en la portada
Pascual Naccarati
en el papel de
Falstaff

todo el
material de
"conducta"
es inédito
y ha sido
especialmente
escrito y
ordenado
para esta
revista de
escritores

conducta

redacción:
Corrientes 1530
35 — 3606

Reg. Nac. de la Pdad. Int.
84542

0.20
el cuaderno

fotografías de:
AUGUSTO I.
VALLMITJANA

teatro del pueblo

actores —

Catalina Asta - José Alvarez - Remo Asta - Juan
Carlos Bettini - Bernardo Condou - Juan Eresky
Celia Eresky - Rosa Eresky - Mari Galimberti
Josefa Goldar - Mario Genovesi - Fernando
Guerra - Oscar Gutiérrez - Elsa Hidalgo
Roberto Leydet - Mecha Martínez - Irma
Mateljan - Mario Menéndez - Pascual Naccarati
José Petriz - Adolfinia Robles - Elda Vázquez
Víctor N. Vidaurrázaga - Rafael Angel Zamudio

decorador — Manuel Aguiar

ayudante — Oscar Piuselli

luces — Heriberto Pérez

sonido — Manuel Blanco
Emilio Ramírez

fotógrafo — Augusto I. Vallmitjana

médico — Dr. Vicente Pérez Fernández

modista — Beatriz Berhó

administ. — Carlos Lacoste - Nicolás
Castronuovo - Pedro Talentón

secretario — Mario S. Cao

director — Leónidas Barletta

LUNES A LAS 18.30 — CONCIERTO

MARTES A LAS 18.30 — FUNCION

MIERCOLES A LAS 18.30 — FUNCION

JUEVES A LAS 18.30 — CONCIERTO

JUEVES A LAS 21 — FUNCION

VIERNES A LAS 18.30 — POLEMICO

SABADO A LAS 18.30 Y 21 — FUNCION

DOMINGO A LAS 18.30 Y 21 — FUNCION

CORREO ARGENTINO

TARIFA REDUCIDA
Concesión 4342

Conducta

al servicio del pueblo

LA PRENSA

El auditorio rió con lo grotesco y reflexionó con los pasajes trascendentales.

LA NACION

El ritmo de la interpretación fué animado, jocundo, con propiedad y gracia y sin ninguna exageración.

EL MUNDO

Los espectadores porteños no poseían hasta anoche otro contacto con este alucinante mundo de Falstaff y sus compinches que la fría lectura o el confuso recuerdo de la ópera.

Al Teatro del Pueblo ha de agradecerse el espectáculo de la extraordinaria obra.

CRITICA

Ya no puede discutirse la obra de cultura que realiza el Teatro del Pueblo.

LA RAZON

El Teatro del Pueblo la interpretó en tono de farsa como conviene a este género de obras, y logró una versión colorida y entusiasta, que el crecido auditorio festejó vivamente complacido.

LA VANGUARDIA

La versión ofrecida por el Teatro del Pueblo fué excelente.



El nombre inmortal de Shakespeare prestigió la iniciación de la temporada oficial del Teatro del Pueblo.

escritos inéditos de:

- Héctor Villanueva
- Armando Zegri
- Sigfrido A. Radaelli
- Octavio R. Rooney
- Leónidas Barletta
- Mario S. Cao
- César Fernández
- Lorenzo Stanchina
- Aristóbulo Echegaray
- Romualdo Brughetti
- León Kopp
- Alejandro D. Krause
- Horacio García Paz
- Hugo D. Panno
- Clara Susana Conti
- Mario Luis Descotte
- Noemí Vergara Misito
- J. G. Ferreyra Basso
- R. Donghi de Halperin
- Miguel Galluzzo
- Néstor Ortiz Oderigo
- René Bastianini

dibujos de:

- Pedro Olmos
- Raúl Soldi

Soneto

Lejos del sol que canta en el follaje
y del pájaro de aire que se mece
miro mi pena; y mientras se estremece
dejo la tarde que a mi lado baje.

Esta esperanza que en el canto traje
se adhiere al suelo, siempre, y no florece
ni en la estación abierta cuando ofrece
mi frente hasta que el sueño la desgaje.

Que el desamor que por mis venas sube
con sus lazos de olvido y de congojas
dice a la tarde lo que nunca tuve.

Y el mundo todo, hermano de mi pecho,
gira en el torbellino de las hojas—
danzando al viento de mi amor deshecho.

HECTOR VILLANUEVA



ARMANDO ZEGRI

El testamento espiritual de BERNARD SHAW

“Les mando mis viejas obras de teatro tal como ustedes nos mandan sus destructores viejos” —dice George Bernard Shaw en un prólogo especialmente escrito para la edición de la película “MAYOR BARBARA” destinada a los Estados Unidos de Norte América. Shaw actúa el prólogo en la película con esa maestría de gesto y de lenguaje que le ha ganado la reputación de ser el orador más hábil y más completo del Siglo XX. A los ochenta y cinco años de edad es todavía el actor por excelencia único en su gran papel de George Bernard Shaw. Los prólogos de sus obras siempre han tenido gran interés para el público norteamericano, a veces más interés que las mismas obras. Esto se explica fácilmente por la simple razón de que los prólogos de George Bernard Shaw contienen en parte o en su totalidad un mensaje para el público de Norteamérica.

El prólogo de la película “MAYOR BARBARA” es más que un mensaje, es un testamento espiritual.

“Nuestro Gobierno —continúa Shaw— ha agregado muy bondadosamente a mis viejas obras de teatro algunas bases navales; no hay duda de que esto les hace a ustedes el cambio más interesante. El humorismo alemán, cuyo nombre si no me equivoco es Dr. Goebbels, encuentra todo esto muy divertido. Nos dice —o mejor dicho le dice al resto del mundo— que Inglaterra ha vendido sus colonias por fierro viejo. Bien y ¿por qué no? Tenemos gran necesidad de fierro viejo. Estamos colectando fierro de puerta en puerta. Nuestras mujeres nos entregan sus sartenes viejas; nuestros hombres nos entregan sus viejas bicicletas y ahora ustedes (norteamericanos) nos entregan con igual devoción sus viejos destructores. Bien, un excelente cambalache para nosotros. Cada uno de esos destructores valdrá para nosotros mucho más que el equivalente de su peso en sartenes y bicicletas”.

Filmar el prólogo le significó a George Bernard Shaw incontables esfuerzos y fatigas. A su edad las luces cansan, cansa la proximidad de las cámaras cinematográficas, cansa el aire caliente de los estudios, cansa la gente, todo cansa. Hubo necesidad de hacerlo por partes y con descansos intermedios. Shaw pasaba los descansos en un cuarto, solo, malhumorado. Pero al instante de actuar se transformaba en el G. B. S. legendario, mordaz sonriente, en el encantador de las grandes multitudes lectoras de Norteamérica. Cuando se haga en el futuro inmediato el inventario de George Bernard Shaw habrá que insistir en esa gran cualidad de hombre que mantuvo toda la vida la línea, del comienzo al fin, la línea más pura y completa de expectación.

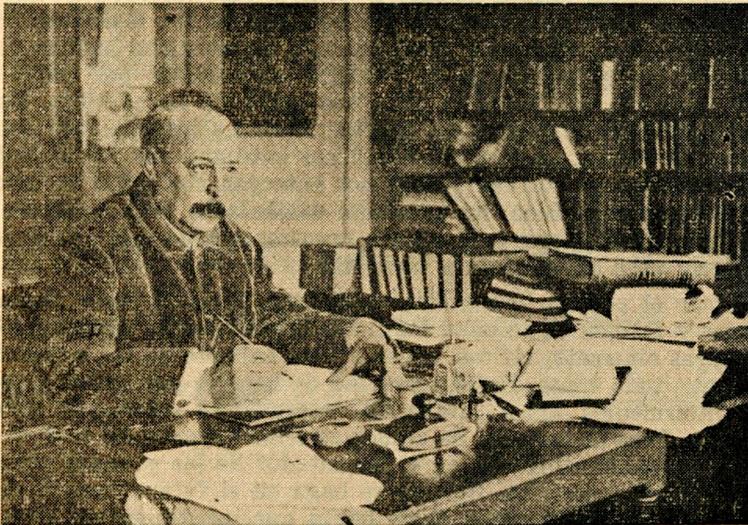
Hacia el final del prólogo Shaw encomienda su obra al público de Norteamérica.

“Aquí estoy —dice— a cuarenta minutos de automóvil del centro de Londres y en cualquier instante una bomba puede atravesar el techo y reducirme a átomos, porque los aeroplanos alemanes de bombardeo vuelan ahora por el cielo. Pero, por favor, tengan en cuenta que no puedo absolutamente prometerles tan grandioso final a esta noticia. Sin embargo, puede ocurrir, de manera que no pierdan las esperanzas todavía. Si ocurre, bueno, a mí no me importará gran cosa. Como ustedes ven, tengo ochenta y cinco años. He disparado mi relámpago. Mi labor está hecha. Guerra o no guerra me toca el turno. Pero si mis películas continúan exhibiéndose en Norteamérica, mi alma seguirá viviendo y eso me satisface”.

“Cuando era un niño que apenas sabía leer, recuerdo haber visto en los diarios un encabezamiento de columna que decía: **LA GUERRA CIVIL EN NORTEAMERICA**. Esa es una de las primeras cosas que recuerdo. Más tarde cuando crecí, me dijeron que esa guerra había abolido en Norteamérica la esclavitud de la raza negra. Como ese trabajo estaba terminado yo decidí dedicar mi vida en todo lo que fuera posible, a la abolición de la esclavitud de la raza blanca. Y eso tanto en el interés de ustedes como en el mío propio o en el de Inglaterra. Espero que ustedes ayudarán a esa abolición como ayudaron a la última abolición”.

“Y creo que no necesito detenerlos más largo tiempo. Cuiden mis obras de teatro y mis películas. Están todas dedicadas a la abolición de esa clase de esclavitud. Y me gustaría imaginar que cuando mi cuerpo haya desaparecido, me gustaría imaginar que ustedes continúan trabajando conmigo, con mi espíritu, en esa empresa. Eso es todo lo que tengo que decir. Entonces, adiós!”

Nueva York, 1942.



ROBERTO J. PAYRO

Los escritores argentinos han rendido un cálido homenaje a su memoria, en Mercedes.



EL DIRECTOR DE FOTOGRAFIA MARIO PAGES, CON EL ACTOR JOSE ALVAREZ. EN UN DESCANSO DE LA FILMACION

SIGFRIDO A. RADAELLI

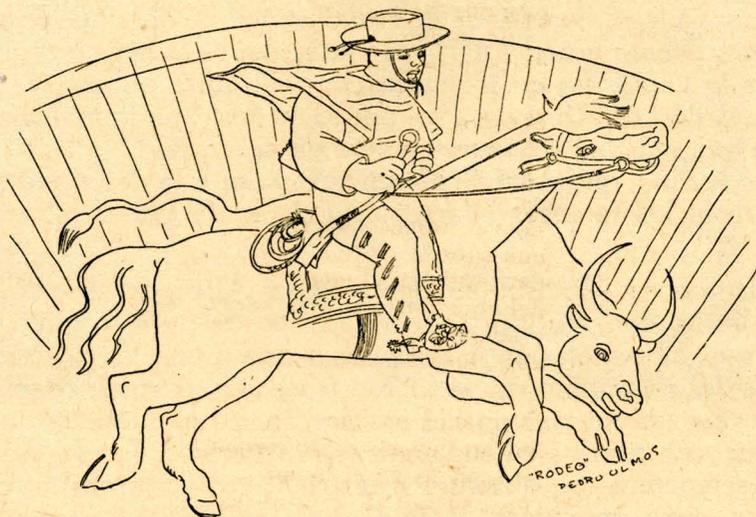
LOS AFINCAOS

¿Qué habíamos visto, antes de *Los Afincaos*, que pudiera llamarse "cine" argentino? *Los muchachos de antes no usaban gomina, Viento norte, Puerta cerrada, Así es la vida, Prisioneros de la tierra, Yo quiero morir contigo*, quizá alguna más. Y después de *Los Afincaos* (yo, por lo menos), ninguna otra película que sea cine y que tenga algo de argentina. Nada, ni *Locos de verano*, que no aumenta un solo valor a la definitiva obra teatral; ni los famosos *Martes orquídeas*, de tan eficaz cursilería.

Entonces —cabría suponer— *Los Afincaos*, drama bárbaro hecho con sentido cinematográfico desde el principio al fin; cuya fábula elemental deja pasar una a una las necesarias frases del original, como si fueran frases de mármol; cuyos artistas realizan un trabajo tan extraordinario que la historia del cine deberá citarlos en sus anales (Naccarati y Josefa Goldar se desempeñan con absoluta maestría); cuya fotografía, cuya música, cuyos movimientos de cámara tienen lo mejor que hoy día puede tener la mejor película norteamericana; cuyo des-

arrollo tiene una sabia lentitud para ir destilando sobre el espectador la tragedia; cuyos minutos finales son de una impresionante belleza; cabría suponer, entonces, que *Los Afincaos* fué el gran éxito comercial de 1941. El gran éxito comercial hubiera sido la posibilidad de que la viesan millares y millares de públicos; de que quedase en ellos algo de la firme nobleza que pusieron en *Los Afincaos* sus realizadores; de que, por emulación, todas las empresas argentinas levantarán el nivel de sus producciones, no a noñerías con mellizas y pasos de comedia, sino a problemas tremendos del hombre o de la patria o del mundo, con la bella rudeza de *Viñas de ira*, de *Bosque petrificado*, de *La fuerza bruta*, de *Camino del tabaco*. Nuestros *Afincaos* nada tienen que envidiar a estas cuatro películas; pero no fué un éxito comercial, ni mucho menos.

Es sorprendente —aún conociendo las posibilidades de la compañía del Teatro del Pueblo— que una primera película de gente de teatro pueda ser, como lo es ésta, tan cinematográfica, tan definitiva. Y sorprende hasta la indignación que la corrupción nefasta de los críticos —menos uno solo: Alfredo de la Guardia— haya podido colaborar, en banda cerrada, en el desesperado sabotage que (con tanto éxito para sus fines) se lanzó contra esta película, contra esta empresa, que por simple acción de presencia venía a denunciar —a un público, por desgracia indiferente hasta el tuétano— que la casi totalidad de los fabricantes de cine argentino son ávidos mercaderes y nada más.



Rodeo — Dibujo de Pedro Olmos



Viñeta de Raúl Soldi

HISTORIA

I

Caído desde el ángel,
apenas limitado,
me persigo
por los interminables
corredores del sueño.
Lápidas inclinadas
se desnudan
para mostrar sus nombres.
El olor de la lluvia
penetra
con su espesa nostalgia
y su pesada tierra
oscurecida.
Una ventana muerta,
una sonrisa
perforada en el muro
del corazón,
y apenas
una ciudad ardiendo.

Detrás, es posible
que me encuentre sin tregua,
perseguido en el humo,
con una flor de escombros
sobre el cielo.

Es posible, es posible,
mirando adonde van
mis ojos fugitivos
que no esperan.
Saludando a mis brazos
que marchan en los pianos navegantes.
¿Qué quieren mis rodillas
sino gastar la alfombra de tu sueño?

Déjame con las furias adheridas
a la piel del silencio.
Con el rostro volando
sobre techos de óxido y olvido.
Con la espalda de espuma enternecida
sosteniendo tu ausencia.
La catedral del aire no me espera
con su pórtico azul entre los dientes,
ni la sombra del miedo en la cintura
estremece la noche en que te pierdes.
¿Qué es lo que quiero?
¿Qué caballo de escamas me conduce?
¿Qué árbol del aire tiene mi estatura
y el nido de mi muerte?
Reunido en la palabra que te nombra,
amontonado en esta voz estoy.



II

No nombres el desastre.
No me digas
qué fecha te responde
con su cordero triste.
Qué eternidad soportas,
qué ropaje,
qué estatua verde baila
desde el fondo del mar
su claridad.
Con una soledad
de muslos fuertes,
con los senos de plata
de la luna,
con la tierra
de vientre endurecido
me quedaré pecando
sin piedad.

El alcohol de los vidrios
se me acerca temblando
hasta tocar mi aliento.
El mármol negro
me destroza el rostro.

Tanto sexo extraviado,
tanta angustia,
tanta resurrección
de polvo y piedra.

Ya vienen sin silueta
los verdugos del alba presentida.
Sin voz y sin amor quedan los cuerpos.
Los muertos se repiten
como una letanía.
¿Y qué haremos tú y yo con tanta muerte
sino vivir por ellos,
amarnos en el nombre de los muertos,
crecer como venganzas?
Acidas cabelleras del verano
para siempre dispersas,
labios donde el rocío se estremece
con pájaros y besos bajo tierra.
Lagos de aceite crecen
sobre el pavor del musgo en que agoniza
tu oscura soledad.
Deja a mis labios
de piedra y caracol decir tu espanto.
Es que acaso por estas
galerías del sueño
nadie pronuncie tu desolación.
Va la canción de humedecido paso
con su rebaño gris por tu sonrisa,
y hay un reloj con apretados puños
que golpea en tu pecho,
que te llama,
que me llama,
que anuncia con la voz de sus huesos
tu final claridad de amor y sangre.



III

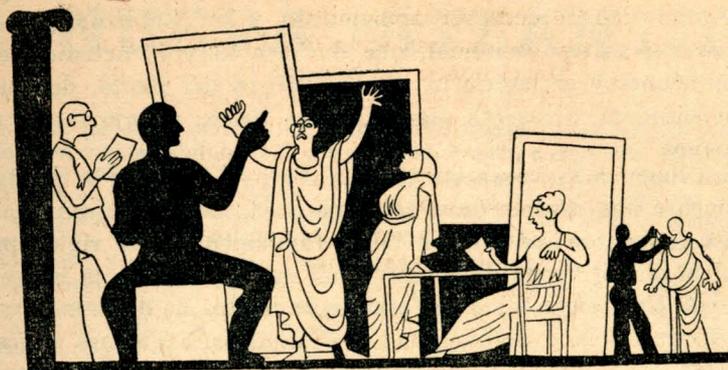
Qué prolija matanza.
Qué ordenada violencia por las calles.
Qué domingo de harapos y uniformes
festeja nuestra edad sobre la tierra.
Nuestra edad subterránea,
por los fosos,
por los canales tenues
que en el aire navegan,
por la espada que anuncia
la clara voz del vuelo en la mirada.
Qué sentido metal el que construye
flores de anunciación sobre su eco.

La doméstica muerte que persigue
huertas de luz y madres enlutadas
no conoce a estos hijos de la sangre.
No conoce tu aurora, tus caminos,
tu verdecer de siempre,
tu antigua vocación que lleva al parto.
Era el honor del hambre,
era la peste azul condecorando
el pecho de tu estirpe.
Era el pez asesino por las noches
con traje de fantasma.
Pero estamos tú y yo,
pero estamos aquí como en los días
en que Dios era Dios,
en que ninguno,
en que nadie de carne y esperanza,
había descubierto con qué máscara
andaba por el mundo.

Ahora estamos aquí, sencillamente,
viendo nacer, vivir, morir,
todo lo que nos brota de las manos,
todo lo que nos crece desde el pecho,
todo lo que germina en la palabra,
en la caricia, en la piel,
en el deseo que golpea la cara,
que enrojece los ojos
y nos destina al lecho de la llama.
Mira las flores de papel,
la lámpara,
el biombo amarillento.
Este es el cuarto de la despedida.
Aquí se muere el mundo.
Afuera, entre los árboles que ríen
sus manojos de pájaros lanzados,
o en las revueltas calles
pobladas de noticias,
afuera el mundo vuelve por tu sangre.

OCTAVIO
RIVAS ROONEY





EL REPARTO

Una de las dificultades con que tropiezan las nuevas organizaciones de teatro independiente, es la que se deriva del reparto de las obras. Una compañía estable, sin primeras figuras, exige de la dirección una selección de los elementos que están a su cargo, cosa que en el teatro comercial se da por descontada, ya que el empresario impone las primeras figuras y no hay nada que elegir.

No existiendo normas que puedan obviar este inconveniente, hablaremos sucintamente de nuestra experiencia, si ella puede ser útil a los que se inician.

En el Teatro del Pueblo hemos procedido en la siguiente forma: durante cinco años trabajamos para formar actores y, dentro del tipo de cada cual, adjudicamos el papel, no a quien ofrecía la seguridad de hacerlo bien, sino al que presentaba la posibilidad de lograrlo.

Durante ese tiempo el reparto de los personajes de las obras formó parte del método personal puesto en práctica para educar actores modernos, con un concepto nuevo del teatro y de su proyección social.

Se hizo, pues, una conciencia profesional desprovista de las vulgaridades perniciosas del otro teatro: se desterró la envidia, los celos, el amor propio, la vanidad, el afán de lucimiento, por lo menos en una medida que no permitía su identificación. El actor en vez de pensar en sí mismo comprendió que era, por insignificante que fuese su papel, el promotor del espectáculo, tuvo la conciencia de su responsabilidad con respecto a la representación íntegra y supo que él era también parte del momento culminante de una obra que otra actriz, otro actor realizaba.

Al término de cinco años los bisoños actores, adiestrados, contrariados, pulimentados, se convirtieron en eficaces actores diferentes. En actores de verdad, capaces de resistir la diferencia de presión espiritual de cualquier tipo de obra y, por supuesto, y sin jactancia, por encima del actor del teatro comercial, que durante su vida artística, explota sus condiciones y se convierte en especialista del llanto, del rugido o de la morisqueta, o explota algún defecto físico: un ojo tuerto o unos pies zambos.

Para llegar a la formación de esta compañía estable se produce necesariamente una especie de proceso de decantación. Se van apartando todos los elementos que ofrecen fallas fundamentales al rígido propósito de alcanzar un grado de comprensión que no quiebre la imprescindible unidad. Unos encuentran la forma más amable de desprenderse, otros se van disgustados, a algunos hay que echarlos, a quienes se los lleva la muerte...

Lo cierto es que quedan los que debían quedar y esos sí, quedan firmes, unidos y transfundidos en el ideal.

Los nuevos, los que llegaron después de los cinco años iniciales, tuvieron un tratamiento distinto. Encontraron el organismo formado y se incorporaron a él sin diferencias, porque en el Teatro del Pueblo la única jerarquía que se respeta es la de la inteligencia. El que lo hace mejor, ese es el jefe. En electricidad, en vestuario, en decoraciones, en interpretación, el que lo hace mejor, ese es el que tiene más derechos. Pues los derechos no son, no pueden ser la letra muerta de un Estatuto sino los que diariamente se conquistan haciéndose necesario, eficaz.

En el cuadro de actores todos tienen un mismo valor frente al espectáculo. Pero, indudablemente, hay quienes están más maduros para interpretar, por una convergencia de circunstancias favorables, ajenas a la equitativa determinación de la dirección.

Hay actrices y actores que en una década de continuada labor por su disciplina y humildad, han logrado, como buenos artesanos, un afinado instrumento de interpretación. Otros llevan una pequeña desventaja por razones de índole particular o por causas que escapan a todo análisis. Son los primeros en reconocerlo y ocupan el lugar que les corresponde con el mismo entusiasmo y tesón.

Esta es la forma más acabada de nuestra disciplina: el darse cada uno el lugar correspondiente, sin disgusto, sin violencia, sin que nadie lo imponga.

Si en vez de atender a las razones de bien público que han impulsado nuestra obra, hubiésemos atendido los pequeños intereses particulares, el mezquino afán de notoriedad, la vanidad de no ser menos, no hubiésemos alcanzado el respeto y la dignidad de que están rodeados nuestros actos.

Leónidas Barletta

BACON

LA NUEVA ATLANTIDA

El traducir las obras capitales del pensamiento humano, a nuestro idioma, significa realizar un aporte substancial al progreso de la cultura argentina. Efectivamente el conocimiento inmediato de las ideas fundamentales de los grandes pensadores, permite la fijación en la mente del lector culto, de los principios esenciales por ellos sustentados. Evitándose así los errores originados al beber en los sintéticos resúmenes de algún comentarista más o menos capacitado, estas ideas, que por la sencilla razón de estar condensadas y no explicadas, sino criticadas, forman en quienes no están lo suficientemente enterados, por estudios previos una imagen confusa y oscura de los mismos; formándose así una cultura de manual, peligrosa y negativa. De ahí la necesidad de hacer accesibles los mismos, pues a pesar de cierta desfiguración sufrida por el pensamiento original, al ser trasladado a un idioma distinto al que fuera concebido, tiene el innegable mérito de poner al lector en contacto directo con él.

Las editoriales argentinas, mexicanas y españolas, tratan hoy de cooperar con los estudiantes e intelectuales de Hispano América, dando a la estampa, cuidadas y prolijas traducciones, con eruditas notas aclaratorias para solucionar los problemas inherentes a las mismas, de las obras más importantes, de los hombres cuyas concepciones racionales o artísticas, tienen un valor de eternidad.

A esta categoría pertenece "La Nueva Atlántida" de Francis Bacon, publicada por la Editorial Losada, en su Biblioteca Filosófica, y cuya versión directa al castellano estuvo a cargo del profesor Juan Adolfo Vázquez.

No es ella la obra más importante del ilustre filósofo inglés, ni siquiera contribuyó a aumentar o cimentar su fama, pero es sin embargo, a pesar de haber quedado inconclusa, la que da la pauta de hacia donde se orientaba su pensamiento político — social y como él se concretaba en una visión humana.—

Esta aspiración de realizar imaginativamente el ideal de perfección humana, cristalizándolo en una ficción, brota como exigencia profunda, de una necesidad espiritual de superación trascendente, con que el hombre trata de fijar el devenir, con el "non plus ultra" de su concepción racional, finita e imperfecta.

Este deseo ha encontrado en las "utopías", la tangente por donde escapar hacia el mundo donde impera la felicidad y la perfección. Muchos escritores anteriores y posteriores al autor del "Novum Organum", como: Platón, San Agustín, Campanella, Moro, Harrington, Fourier, Bellamy, Wells, Huxley, etc. han concebido poética o intelectualmente, la existencia de un sitio, país o planeta, ubicados o no en las categorías de lugar y tiempo, habitados por gente cuya vida se desarrolla tan venturosamente, que por lo mismo revelan a las claras su origen cerebral.

Pero aquellos que por medio de las doctrinas sistematizadas, las hipótesis científicas o las religiones espirituales, tratan de acercarse al hombre, hacia un modelo tipo, poseedor de todas las virtudes concebibles, formando así por la suma de voluntades individuales, una sociedad perfecta, no expresan sino en forma distinta, ese mismo deseo, esa angustia vital de realización individual.

Surgen ahora dos problemas: el de definir la perfección y saber en qué consiste la felicidad. La solución de ellos se resuelve siempre con un criterio subjetivista, como ecuación individual, de los elementos culturales de una edad, resumidos en un juicio unilateral, extravertidos por un temperamento y sensibilidad personal.

¿Puede el Hombre alcanzar esas metas? No corresponde a la índole de este comentario, su jactanciosa resolución, ni siquiera su análisis o planteamiento. Por otra parte pensamos que condicionándolos en sus premisas esenciales, su dilucidación se puede encontrar en: Kant, Marx y Freud. Lo innegable es que este ideal de superación, es la energía dinámica, que actúa subconscientemente y mueve a la HUMANIDAD hacia un "MAS ALLA", indeterminado, al parecer inasequible, fé inmanente, aunque intangible, en el porvenir, cuya defensa en los tiempos cruciales, cuando lo inmediato, lo perecedero, lo imperfecto, se sobrepone con la fuerza coercitiva de un ideal logrado, deben cuidar los pensadores y artistas.

Ese es el valor de Bacon. Como las nuevas expresiones del Renacimiento Humanístico, no caben ya en los viejos moldes de la escolástica decadente y del Aristóteles deformado que la había sostenido, rompe con ellos. Por intuición de su fondo conservador y en cierta medida reaccionario, no admite las doctrinas revolucionarias de Copérnico, Galileo y Keplerot —pero establece claramente la separación entre la filosofía y la teología. Producto genuino de la época isabelina, su vida política será plasmada, a la usanza del Renacimiento italiano, sintetizada teóricamente en "El

Príncipe" de Maquiavelo. Podrá ser filósofo, cortesano ambicioso y funcionario sin escrúpulos, hasta caer ruidosamente acusado de cohecho. Es en el momento en que sobresalen Ben Jonson y Shakespeare, pero es también el momento en que los perseguidos religiosos de los Países Bajos, traen a Inglaterra, junto a sus doctrinas, su espíritu industrial. La caída de Amberes, ha hecho de Londres, el gran centro internacional de la Banca, la Industria y el Comercio. Y la afluencia de riqueza tendrá por corolario inevitable, un refinamiento sensual, un gusto por el lujo y el boato no conocido anteriormente. Habrá un progreso artístico, observable sobre todo en la pintura y la arquitectura, pero este brillo, esta refulgencia, no es lo suficientemente fuerte para ocultar con su luz, la inmoralidad de las costumbres y la venalidad de los hombres de gobierno, consecuencias directas del influjo pagano, que las literaturas francesas e italianas han difundido en la corte. Este es el medio en que actúa Bacón, y la estulticia de sus contemporáneos hará germinar en él, su famosa doctrina de las "Ídolas" o prejuicios que alteran la mente humana, e impiden al individuo, la objetivación necesaria, incapacitándolo para alcanzar la verdad. A ella solo se podía llegar por el camino de la observación y la inducción. "Los ídolos y falsas nociones, que ya han preocupado al entendimiento humano, y que están profundamente arraigadas en el... se nos enfrentaran y nos molestaran en la instauración de las ciencias, a menos que la humanidad, prevenida se guarde de ellos con todo el cuidado posible". Por eso Mauculay dirá de él: "que espoleó a los intelectos que impulsaran la marcha del mundo".

En este escudriñamiento de Bacón y su época, es donde encontramos el génesis de las concepciones desarrolladas en "La Nueva Atlántida y la explican. No debemos tampoco olvidar sus dos difundidos principios, muy de acuerdo a la idiosincracia inglesa: "La Ciencia es potencia" y "La Naturaleza se domina obedeciéndola". El conocimiento no será ya un fin sino un instrumento, destinado a aumentar el poder del hombre. La Ciencia será en lo sucesivo, una cosa práctica, cuyos fines inmediatos, deberán estar subordinados, a un criterio utilitario. "El verdadero fin del saber es la gloria del Creador y el alivio del estado del hombre". En ese sentido Bacón es un antecesor de la doctrina denominada "Tecnocracia". Definida en "La Nueva Atlántida" por boca de uno de los Padres de la Casa de Salomón que podrá decir: "El fin de nuestro establecimiento, es el conocimiento de las causas y movimientos ocultos de las cosas; y extender los límites del imperio humano, para efectuar todas las cosas posibles".

También la sociedad de su "utopía", esta como la de Inglaterra dividida en castas, cimentado tal orden, no en el nacimiento o la posición económica de los individuos, sino en su grado de capacidad intelectual. Sociedad estática, injusta, como consecuencia lógica de haber sido concebida, por un aristócrata, conservada, incapaz de intuir los postulados del Iluminismo sobre los cuales había de asentarse la doctrina revolucionaria de Rousseau, Voltaire, Montesquic, enunciados anteriormente por Locke y vagamente determinados por Hobbes.

La descripción de la Gran Atlántida, su florecimiento, sus relaciones, con el mundo conocido, su destrucción por medio de una catastrófica inundación, están contestes con los conocimientos generales tenidos en el siglo XVII, sobre estos asuntos. La estructuración general de la Atlántida, sigue las líneas principales de las creencias protestantes, su fundamento se encuentra en la felicidad patriarcal del tipo bíblico, modificada por la nueva orientación filosófica del creador.

No tiene, pues, "La Nueva Atlántida", la grandiosidad de una obra poseedora de méritos substanciales, cuya proyección reflejen una superación de las ideas imperantes en una edad determinada. Tiene el valor de un deseo de perfeccionamiento humano, encarado y visto por un filósofo renovador, que no alcanzó a circunscribir lo esencial de ese deseo, falto, además, de visión profética en el campo social, aunque debe reconocérsele en el campo de la física y de las ciencias aplicadas, donde su sagacidad le permite adelantarse a su siglo, pero aun así sólo alcanzó a intuir lo más próximo o cercano, sin penetrar en el devenir.

Los trabajos de William Rawley, de R. S. Gardiner, R. Leslie Ellis, C. Hermann, J. E. Ermand, G. H. Lerves y B. L. Penrose, sobre la vida y doctrinas filosóficas de Bacon, corresponden al propósito del editor de no: "ofrecer tan sólo la versión de un clásico, sino también facilitar al lector latinoamericano, un libro con materiales que contribuyan a hacer la lectura más fructuosa de lo que sería si presentásemos la traducción desnuda". Tal propósito ha sido ampliamente logrado.

M A R I O S. C A O

DESEO

Quiero por corazón la verde hoja
del árbol visto en alta mar de cielo,
que en tan mínima cosa me contenga,
cifra de no llegar y estar partiendo.

Quiero el esquema fácil de la hoja,
y aún el curso breve de su acento,
que así me duela el dardo de las horas
cuando el otoño exalte su oro viejo.

Quiero también el signo de la hoja,
hoja sin nombre que conmueve el viento,
cuando vuelve sumada al humus tibio
al pié del viejo árbol sin remedio.

Tuviera el corazón de verde hoja
sin pulso enamorado, sin consuelo.

CESAR FERNANDEZ



el negro

Se dió cuenta del extraño fenómeno cuando fué a peinarse. En un primer momento le causó hilaridad el espectáculo que tenía delante de los ojos; pero poco a poco se trocó en un sentimiento de extrañeza.

—¿Estaré soñando? —murmuró, pensando que lo que le pasaba no podía ser la realidad. Se miró las manos y, ¡cosa increíble!, las manos eran del color negro del rostro. Cada vez más perplejo, se desabrochó la camisa para mirarse el pecho. Daniel Ramos palideció. Allí también la piel era negra, de un negro alquitranado, metálico.

Preocupado, se dejó caer en una silla, y tras corto cavilar, llegó a decirse que debía tratarse de una pesadilla.

Pero cuál no sería su estupor al echar una ojeada a la cama y verla vacía. El solo hecho de no encontrarse en el lecho significaba que no dormía. En verdad, parecía todo un absurdo sueño. No seguro del todo, terminó de vestirse, suponiendo que sus movimientos, sus pasos, en fin, cuanto hacía y pensaba, lo soñaba.

Cuando entró en la cocina, la mujer estaba lavando unas vajillas y le daba la espalda.

—En seguida te doy el café —le dijo, al sentir sus pasos.

Casi inmediatamente se dispuso a servirlo. Al darse vuelta se quedó paralizada, mirándole con grandes y desolados ojos.

—¿Qué hay?

Pálida y despavorida, sólo atinó a huir.

—Daniel, Daniel... se ha metido un negro en casa.

Las palabras de la mujer le hicieron reír. Desde ese instante tuvo la absoluta certeza de que se trataba de un fantástico y pintoresco sueño. Abandonó la cocina para ir a decirselo a la mujer, que había escapado a encerrarse en el dormitorio.

—Abre, tonta... soy yo.

Aun cuando reconoció la voz del marido, estaba tan asustada que no se atrevía a salir.

—¿Ahora vas a tener miedo de mí? —le dijo, con el mejor humor.

Con desconfianza, ella entreabrió apenas la puerta, asomando un ojo enorme y redondo.

Lanzó un grito y cerró la puerta por instinto.

—No seas tonta, no te asustes, es una pesadilla.

Sintió un pequeño grito y nada más. Se ha desmayado, pensó, con aquella impasibilidad con que se reciben las peores noticias en el sueño. Escuchó un rato y luego la llamó, sacudiendo la puerta por el picaporte. Al cabo de un instante, cuando cayó en la cuenta que no era la realidad, pegó media vuelta y salió a la calle.

Allí iba a toparse con más de una sorpresa desagradable. En el tranvía, una señorita rehusó sentarse a su lado, con un mohín que podía interpretarse como de desprecio o de repugnancia. Pensó si despediría ese olor característico de los negros. Todo cohibido, bajó la cabeza y se encogió como una liebre frente al perro. Al mismo tiempo su corazón se inflamaba de una gran piedad por la gente de color, a quien se trata como si no perteneciesen al género humano. ¡Oh, vida espantosa la de esa pobre gente! ¡Qué de mortificantes humillaciones debe sufrir! Con razón no se las ve en la calle ni en los sitios de diversiones, prefiriendo vivir como topos para evitar las feroces burlas.

—Pobres negritos —exclamó con la boca cerrada.

Muy indignado, al bajar, se volvió a chistar al guarda con aire de importancia. En lugar de descender por la plataforma delantera, que estaba a dos pasos suyo, bajó por la de atrás. Traspuso el pasillo con la marcialidad de un novio que cruza la nave de la iglesia. Por una asociación de ideas, el ruido de sus pasos le hizo pensar que hubiera sido de gran efecto usar bastón; pero esta contrariedad quedó al punto disipada cuando creyó dejar reivindicado el pisoteado honor de sus semejantes negros.

—Si todos obrasen como yo, en vez de agachar la cabeza como el avestruz, le sacaríamos pronto esas infulas de superiores de que se jactan. La falta de ese instinto de dignidad y de altivez es lo que nos ha perdido a los negros.

* A su arribo a la oficina sufrió algunas contrariedades. Por lo pronto, los compañeros lo recibieron fría y secamente, con ese aire entre indulgente y burlón con que se trata al nuevo empleado. Creyó sorprender más de una furtiva mirada sardónica y de un malicioso cuchicheo. Comenzaba ya a resultarle fastidiosa su ficticia situación, cuando se vió obcecadamente observado por el jefe.

Atribuyéndolo a la falta de contracción a sus deberes, tomó un expediente, clavó la cabeza entre sus hojas y simuló leerlo. Pero debía ser otra la causa de la curiosidad del superior. Más que verlo, intuyó la presencia del jefe delante suyo. Lo veía sin mirarlo, como sólo puede suceder en el sueño. Pero ¿por qué temblaban sus manos, como si tuviesen algo robado en lugar del expediente?

—Si me permite, caballero, deseo preguntarle quién es usted y cómo ha llegado hasta aquí. Daniel Ramos levantó el rostro y le sonrió como el que celebra una broma.

—¿No me conoce, jefe? ¿Estoy tan desconocido?

El asombro del superior se fundió en un gesto de regocijo. Todos los empleados levantaron los ojos para mirar.

—¡Usted, Ramos! —exclamó con una risa que batía su cabeza.

—Sí, señor Fuentes.

Creyó advertir en el semblante del jefe un sentimiento de viva conmiseración. Abrió la boca para decirle que no lo tomara en serio, que se trataba simplemente de una pesadilla; pero ya el señor Fuentes se había alejado. Se irguió a medias para ir a aclarárselo, pero se quedó sentado ante lo ridículo de sus escrúpulos, tratándose como se trataba de una fantasía del sueño.

Terminó por concentrarse en el trabajo, sin comprender enteramente cuánto hacía ni dónde se encontraba. Por instantes, cuando desaparecía su eclipse mental, Daniel Ramos apreciaba lo absurdo de su situación; pero su perplejidad acababa no bien caía en la cuenta de que todo era producto de una excéntrica pesadilla.

—Cuando despierte todo volverá por la recta senda de normalidad.

De regreso a la casa, le sorprendió oír voces en el interior. ¿Qué visita pudo llegar a una hora tan inoportuna? A lo mejor era una vecina que a último momento notó que le faltaba sal o ajo. O bien un nuevo disparate del sueño. Entró decidido, resuelto a enfrentarse con la más disparatada de las situaciones. En cambio, se encontró con los suegros.

Al verlo, la mujer lanzó un grito de sorpresa y lo señaló con el dedo.

—¡Ahí está... —exclamó, cubriéndose el rostro con las manos.

Sonriendo, cruzó la habitación para saludar a los padres políticos; pero a mitad de camino lo detuvo la hostil y amenazante actitud de la suegra.

—Cómo se atreve a presentarse con esa facha. Debería caérsele la cara.

Estas inauditas palabras lo trastornaron; pero se repuso al instante, haciéndose cargo de su situación.

—¿Usted también, suegra? ¡Ja, ja!...

Reía con tanto placer que le saltaban las lágrimas. Los suegros lo miraban y se miraban atónitos. La mujer lo espiaba por los intersticios de los dedos. Cuando terminó de reír, se dirigió al suegro, en busca de protección.

—¿Qué me dice de esto, don Alejandro?

Pero el otro le volvió la espalda. Se puso a mirar un cuadro, mordiéndose los labios para no soltar la risa.

Mientras tanto, la mujer había sufrido un nuevo desvanecimiento. La madre la socorria, apantallándola con una revista y la llamaba por los diminutivos de los más absurdos apodos. El padre, en cuclillas, le friccionaba las muñecas y a veces le lanzaba furibundas miradas al yerno, como diciéndole: "Aquí tienes tu obra, miserable".

Daniel Ramos dió tímidamente un paso, luego se aventuró a dar otro. Animado por su éxito, tuvo la osadía de opinar sumisamente:

—¿No les parece mejor llamar a un médico?

Le hubiese valido más no despegar los labios. La suegra se abalanzó hacia él como una fiera, mostrándole la puerta con el índice estirado.

—Salga de aquí, negro asqueroso. Después que la está matando a disgustos, tiene el tupé de enseñarnos qué debemos hacer. ¡Que salga, le digo!...

Abrió la boca para aclararles el error, cuando se sintió tomado por un brazo y empujado cortésmente hacia la puerta.

—Hágame el obsequio, yerno.

—Pero, papá —quiso hablar, dándose vuelta hacia él.

—Ya tendrá tiempo de hablar después —le repuso el suegro, mientras lo empujaba hacia la puerta.

—Les juro que están en un error. Todo es un sueño —le dijo.

No terminó de hablar que ya le había cerrado la puerta en las narices. Tras corto cavilar, optó por resignarse y esperar que las cosas se aclarasen por sí solas. Total no faltaría mucho para las siete.

Marchóse al dormitorio y a la vista de la cama tendida, quedóse observándola con trastornada atención. La campana del reloj del comedor lo estremeció, acabando por perturbarlo del todo.

—¿Podía ser la una recién?

¿Cómo? ¡Si lucía el sol afuera! Un ardiente sol del mes de agosto, que se metía gloriosamente en el aposento por la banderola de la ventana.

—Este embrollo no lo entiendo.

De pie, acodado sobre la baranda de la cama, la miraba obstinadamente, como queriendo más que ver, descubrir aquel espantoso enigma. No conforme con lo que miraban sus ojos, palpó las colchas para tocarse los pies. Sus pies no estaban allí; sin embargo, no era así realmente. Persuadido más que nunca que era una horrible pesadilla, fué a sentarse, dispuesto a esperar pacientemente la hora de levantarse para retornar al recto sendero de la realidad.

Cosa de cinco minutos después comenzó a sentir un apetito feroz. No le dió importancia, tomándolo como otro capricho del sueño. A medida que el tiempo pasaba sentía como un vacío en el estómago, al punto de provocarle náuseas. A pesar de ello, no se movía de la silla, tieso y obstinado. Aquel hambre lo obsesionaba. Empero, no se decidía a levantarse porque lo atribuía a la fantasía. Era como si sintiese hambre, pero no era así, efectivamente.

—¿Si me levantara? —se preguntó al cabo de un momento.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo hacerle entender a la conciencia su deseo, si estaba durmiendo? Haría un esfuerzo supremo y quizá lo consiguiese. Con intentarlo no perdía nada.

No hay palabras para reflejar la cara de estupor que puso Daniel Ramos al verse sentado en la silla y lo más inaudito, vestido. Sin dar crédito a sus ojos, se examinaba de arriba abajo, explorándose concienzuda y escrupulosamente. Aturdido, no había aún logrado descifrar aquel enigma, cuando un fuerte estornudo le hizo bajar violentamente la cabeza, poniéndolo frente a frente de la realidad.

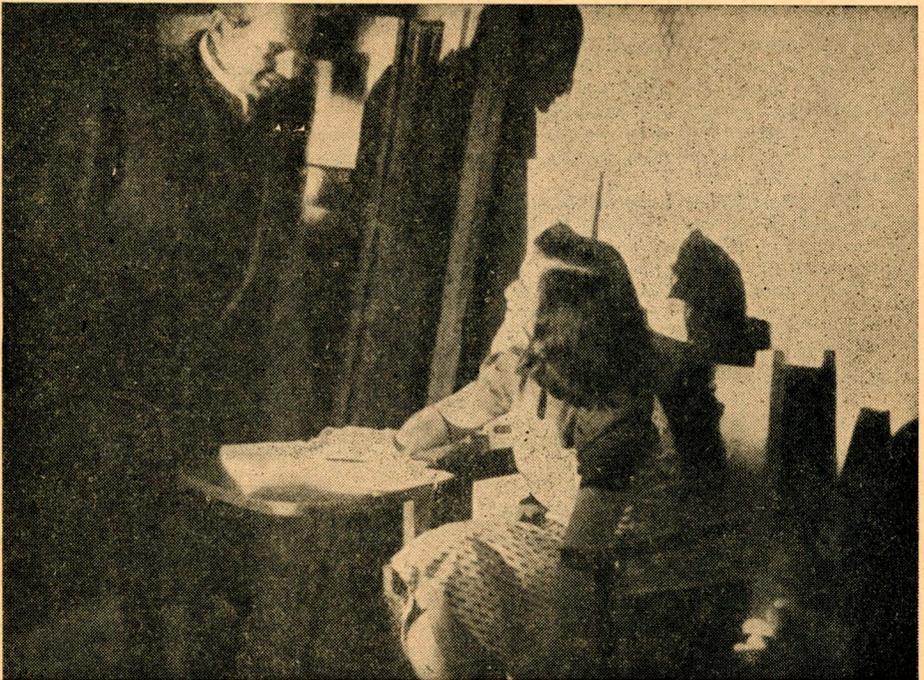
—Esto quiere decir algo —balbuceó, mientras seguía con sigilo el andar de aquella mano negra, que luego de tomar el pañuelo, le limpiaba la nariz y lo volvía a dejar en el bolsillo.

Indiscutiblemente, el hilo de aquella espantosa madeja se iba enredando en tal forma, que Daniel Ramos era cada vez menos dueño de su conciencia. Empezó a perder la paciencia. ¿Dormía realmente o estaba despierto?

Esta tremenda incertidumbre acabó por exasperarlo. Dejando la silla de un salto, se puso a andar a trancos por el aposento. Incapacitado mentalmente para salir de aquel laberinto, traqueteó largo tiempo en un ir y venir desesperado, sintiendo que si aquel suplicio se prolongaba acabaría por enloquecer.

De súbito, a la vista de la puerta abierta, lo acometió la tentación de evadirse a la calle para librarse de su tormento; pero el pánico de no estar vestido, si en realidad era aquello un sueño, lo desplomó sobre la silla, resuelto a esperar que el tiempo le aclarase el misterio.

LORENZO STANCHINA

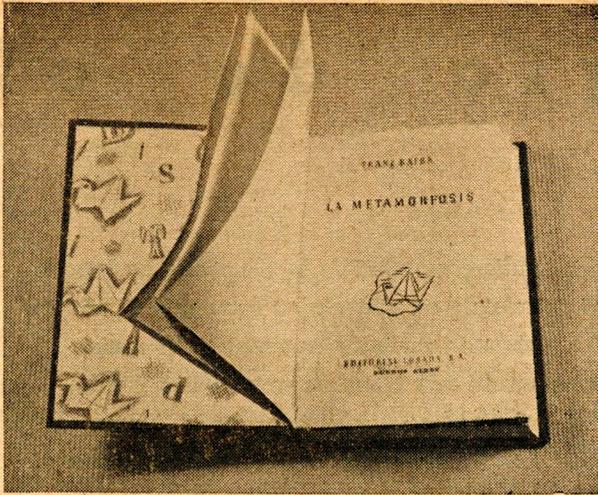


RAMON ATOR que fué premiado por la Academia de Ciencias y Artes cinematográficas por el sonido de nuestra película
"Los Afincaos"

e l e g í a d e o f e l i a

Emprendiste en silencio la tremenda aventura.
¿O concluiste en silencio tu tremenda aventura?
¡Ah pobrecita amiga y hermana e hija mía,
hermana de mis hijas, de mis sueños y mía!
¿En qué nieblas vagaba tu corazón, inmerso?
¿Qué fuegos moverían espectrales fantasmas
entre las nieblas donde tu corazón inmerso
latiría rodeado de espectrales fantasmas?
¿Nos verías tan sórdidos? ¿No pudiste llamarnos?
¿No hubiéramos estado todos de tu llamarnos?
Ahora es sólo el terrible nunca más de la muerte.
¿Fué el plomo denso y plomo de las horas horribles
peor que la perspectiva plomiza de la muerte,
de la mueca final y otras cosas horribles?
Emprendiste en silencio la tremenda aventura
—carne que desintegra su miseria en cenizas—,
o concluiste en silencio tu tremenda aventura
—amor que desintegra su nácar en cenizas.
¿Nos verías tan sórdidos? ¿No pudiste llamarnos?
¿No hubiéramos estado todos de tu llamarnos?
Ah, cada cual andamos, es cierto, en nuestras cosas.
Ahora mismo, seguimos todos en nuestras cosas. . .
Pero yo estoy aquí con los sueños caídos
y me vencen —Oh noble, oh pequeña— las lágrimas:
Todos tus sueños niños ¿dónde habrían caído!
Siempre reías ¿nunca te aliviaron las lágrimas?
Ah, pobrecita amiga y hermana e hija mía,
hermana de mis hijas, de mis sueños y mía.

a r i s t ó b u l o e c h e g a r a y



Un artesano alucinado **ATILIO ROSSI**

¿Cuántas veces le oímos decir a Attilio Rossi que nuestro siglo debe tener en las artes gráficas una fisonomía estética propia? ¿Cuántas veces le oímos decir de la máquina, de la arquitectura racional, de la pintura abstracta, de las vanguardias que luchan para fijar la expresión artística del hombre del 900? Muchas veces le oímos hablar apasionadamente de estos problemas y a la par supimos observar cuán entrañablemente estaban ligados a su vocación profunda. No nos extrañaba así, al poco tiempo de haber llegado el joven artista al país, ver inscrita por él la historia de "Principios renovadores de la decoración" en el "Segundo Salón de Artes Decorativas", y una frase especialmente anotada que leímos en grandes letras negras, frente a la cual nos detuvimos —especie de leit-motiv en su obra constructiva—: "Las artes decorativas —había escrito— deben marchar en estrecho contacto con las otras artes porque nuestra época puede dar su expresión completa en la arquitectura, en la decoración, en una silla, en una joya, en una cuchara, como las grandes épocas clásicas".

Después de haber visto una exposición de obras, de Rossi, me di a pensar precisamente en la labor realizada por este artesano alucinado, "trabajador alucinado" — que dijera Mallea,—, empeñado en obtener un estilo coherente, coordinador en el campo de las artes gráficas. No olvidaba la lucidez del crítico de arte, ni tampoco al pintor cuyos cuadros intelectualmente rigurosos acababa de apreciar. Sólo que ahora lo veía exactamente en una tarea más humilde; lo veía orientador y realizador de un trabajo tenaz en la utilización inteligente de los conocimientos técnicos de su oficio, con una visión estética depurada y rica en valores substanciales. ¿Y acaso, pensaba, toda auténtica cultura no conduce a la armonización plena entre la vida práctica y la vida espiritual?

Hacia 1935 vivía aún su sueño esta ciudad de Buenos Aires, en cuanto a las artes gráficas se refiere. A pocos se le había ocurrido pensar que el libro argentino debía responder al gusto de la época, que era necesario acudir al "mundo abstracto de la geometría", a la utilización de "la emoción objetiva y realista de la fotografía"; que había que presentar el libro decorosamente, teniendo en cuenta la disposición del material, la composición precisa, para hacer resaltar la estética del conjunto. Que había que poner la técnica, en una palabra, al servicio de la estética.

Sabido es que hoy prima la idea de que la estructura del libro debe beneficiar a éste para hacerlo agradable y de fácil lectura. El libro de ayer respondía a un inmovible eje central para las portadas, a un blanco uniforme en las márgenes del texto y a la colocación simétrica de fotografías y grabados. Hoy se ha pasado de la simetría a la asimetría. Y dentro de las nuevas exigencias se quiere obtener un tal equilibrio de masas, un tal sentido de la construcción y del ritmo, que esas más recientes orientaciones han de llevarnos a la "expresión dinámica y espiritual de nuestro tiempo".

¿Cómo meditar, entonces, sobre estos puntos de las artes gráficas, no pensando

en Rossi? En conferencias, en artículos, en conversaciones, él ha tratado estos temas, se ha extendido fervorosamente y ha probado, lejos ya de toda polémica, su capacidad de teorizador y ejecutor infatigable. Pero, he aquí que Rossi se encuentra de pronto en nuestro país, y observa que el libro nacional, que el libro sudamericano debe tener una personalidad propia, que al ser un eficaz colaborador en la difusión del pensamiento fuera a la vez presentado bajo forma digna. ¿Cómo darle al libro argentino una característica propia, cómo otorgarle partida de nacimiento? ¿Cómo hacerlo vehículo de un estilo dándole un don de simpatía en la doble faz estético-económico? Había que hacer el libro intermedio entre el libro europeo casi pobre y el norteamericano rico, opulento. El nuestro, se dijo, debía resultar de un término medio entre la calidad y la dignidad y el precio conveniente. Así se puso manos a la obra. Así comenzó la tarea con sus planes de conquista. Y es bueno reconocerlo —Rossi no lo oculta— apenas manifestó sus teorías e inició sus experiencias, vió cómo el medio le era propicio, cómo el medio lo auspiciaba por el contacto válido de los industriales argentinos primero, y luego con la adhesión de editoriales prestigiosas que le confiaron las publicaciones, los libros que exigían un nuevo vestido más a tono con el progreso actual y que invitaban a leerlos, con la misma alegría, con el mismo real contento con que el lector iba a ponerse la corbata al salir a la calle. Y fué tan viva, tan sensible e inteligente esa acogida, que sirvió de estimulante, de emulación, y hoy casi todos los libros argentinos ostentan un inconfundible buen gusto y una madura distinción, una excelente cara aceptada cordialmente por miles de lectores del continente.

En todo esto pensaba al caminar por Florida, desde Paraguay a Diagonal Norte, de regreso de la Exposición Rossi. Y de pronto surgiendo de los escaparates de las librerías venían a mi encuentro libros que la mano de Rossi había ideado, diseñado y seguido primorosamente en el complejo proceso de la impresión hasta llegar allí: espléndidos en las líneas y colores sobrios y atrayentes de sus carátulas, acogedores en la rica tipografía de sus interiores, plenos en la total arquitectura de su presentación estupenda. En más de un escaparate de librerías famosas de la señorial calle porteña, en cientos de libros de colecciones y ediciones diferentes, veía yo la sensibilidad y la fantasía creadora de Attilio Rossi. Esos libros en quienes el artesano sueña todos los días y que después honradamente pone en marcha mediante los recursos de su oficio de artista gráfico, de lírico y práctico —como deben serlo un arquitecto, un constructor y un albañil cuando van a levantar juntos una casa—; esos libros tan bellamente realizados, contribuyendo de tan eximia manera a difundir la cultura, ¿por qué han de hacernos considerar a las artes aplicadas de las cuales se sirven y derivan, me pregunté, como artes inferiores, como las cenicientas del palacio del gran arte, el Arte Puro?

Un príncipe del Renacimiento tenía un libro —pongamos por caso el POLIFILO, de Manuzio—, que “es un trabajo de arte aplicada, es decir, de auténtica tipografía, porque sus páginas tienen el ritmo y el equilibrio que reina en la arquitectura y en la pintura del Renacimiento”. Si el artesano del CINQUECENTO se sometía a las leyes renacentistas, haciendo que el libro entonara en la biblioteca de un gran señor, ¿cómo no vamos a imitar la hazaña acondicionándola a nuestra vida contemporánea?

Un obstáculo debemos superar ahora. Rossi ha tenido un apoyo decisivo para la fructificación de sus ideas. Está bien. Pero necesitamos en estos momentos algo más. Necesitamos reafirmar los valiosos esfuerzos aislados, aparte de unificar la comprensión entre editoriales, sociedades de industriales y obreros gráficos calificados que han resuelto “cambiar de frente”. Necesitamos reafirmar las conquistas obtenidas. El primero en beneficiarse es el mismo lector sudamericano que desearía ver dicho esfuerzo no malogrado. Hay entre nosotros una Escuela de Artes Gráficas, que quisiéramos con un funcionamiento más ajustado; hay un Instituto de Artes Gráficas, que no cuenta con todo el cuidado que exige. A semejanza de las Escuelas del Libro, de Turín, de París, de Leipzig, etc. es indispensable que la Argentina tenga un centro de estudios y talleres adecuados para que en él reciban enseñanza los hombres que aspiran a dar su voluntad y entusiasmo, intrepidez y saber al desarrollo de las artes gráficas nacionales; escuela donde hombres, severos defensores de su oficio, rigurosos y disciplinados en el arte que profesan, puedan ir a poseer la técnica cada vez más exigente y celosa de sí misma.

Quisiéramos ver a Buenos Aires foco vivo de este vasto movimiento para la América del Sud. Quisiéramos ver a Buenos Aires con hombres de todos los países americanos que, con humildad y amor, se dispongan a vivir y a bregar por la “fisonomía estética propia de nuestro tiempo”. Y sé que Rossi —aquí queríamos llegar— en ese instante se sentiría feliz, pues podría pintar más y darnos en su pintura (no olvido su bello cuadro de la pampa) un camino para una efectiva expresión plástica en que el lenguaje de la tierra argentina no estará ausente, mas por el contrario ha de señalar su integral figura.

ROMUALDO BRUGHETTI

AMBICIOSO

Envuelto en su rincón, torpe y miedoso,
encubre sed profunda de ambiciones:
ni dinero, ni fieles, ni galones
turban continuamente su reposo.

Sólo desea un sueño generoso,
y un pecho natural en sus acciones,
y un pajarillo tierno de pregones
entre los días, todos amorosos.

Y además quiere un corazón de viajes,
ojos de encargo para los paisajes,
amor, sangre, sonido, cielo eterno,

un gramo de dolor, pizca de angustia,
y antes de que su vida sea mustia
savia primaverl en sus inviernos.

LEON KOPP

MOMENTOS DESPUES

Una vez que la hubo traspuesto, la puerta del Banco volvió a su sitio por la presión del cierre mecánico. Bajó lentamente los dos escalones, y ya en la vereda, sintió el viento frío que hacia desapacible el día. Se encogió un poco; en ese instante se dió cuenta que estaba en la calle y que debía tomar una determinación.

Echó a andar unos pasos; luego, se paró como quien recuerda que olvida una cosa. Dejaba algo tras de sí. Pero como si le invadiese el temor de recordarlo, siguió. Se fijó en lo que le rodeaba. Mecánicamente objetó: —¡Qué frío! Es un día del diablo—. Y, de pronto, atraído por un recuerdo, del que trataba de apartarse, se dijo: —Todo va mal...—. Alzó las cejas en un gesto que le era característico cuando trataba de disculparse. Se dió cuenta y trató de corregirse. Con énfasis se repitió: —Todo va mal... uno tiene mala suerte. Fernández, no más, ayer jugó a las carreras por primera vez y ganó trescientos pesos. Trescientos pesos, trescientos...—. Un reproche interno no lo dejó terminar. Hablaba de dinero, su fantasma.

—Yo —algo impreciso iba a decir, meditó, miró la vereda en la que caminaba despacio. Rozándolo pasó un hombre joven con un sobretodo llamativo, y cambiando el curso de su pensamiento, agregó: —Yo podría encontrarme una cartera. Estoy seguro que la de ese tipo del sobretodo a cuadros, tiene más de treinta pesos.

Se le despejaron un tanto las arrugas de la frente. ¡Treinta pesos!... No, no alcanza. María querrá pagárselos al casero para que no nos eche.

—Pero, mujer, no va a querer. Voy a tener que pedir de favor que los acepte. Le debemos tres meses. Y no alcanzan ni para medio mes. No, no quiero —y se imaginó que, pesé a su negativa, se pondría en camino.

Trató de pensar en otra cosa para que su debilidad no le obsesionase. Siempre seré débil. De pronto se acordó que todo eran deducciones... —No, una cartera no basta. Tendría que encontrarme un billete de lotería. Un billete premiado. ¿Con cuánto sale premiado un quinto? ¡Sí! Diez mil pesos. Si, con diez mil pesos cualquiera se arregla.

Entonces adquiriría hasta ese aplomo que le faltaba por su timidez acostumbrada. —Diré sí o no. Y las cosas las haré de acuerdo a mis determinaciones.

—No, María, desde ahora no manejarás el dinero.

—Y usted, señora, omíta sus consejos. ¡Ni a su hija se anima a tratarla en la forma que lo hace conmigo! —Luego pensó: —La vieja es viva, trataría de catequizarme halagándome. —Y él no deseaba escenas violentas. Haría lo que se le ocurriera, pero sin palabras fuertes.

Mentalmente había subsanado ya algo, pero de pronto le asaltó otra angustiosa cuestión. Jaime lo buscaría.

—Tengo un pagaré, hermano, de tres mil pesos. Si no lo levanto, todo mi prestigio de abogado... te harás cargo. Yo te he ayudado. Si fueses a contar las veces que te he prestado dos o tres pesos, porque te morías de hambre, ya te... —Y se lo diría así, con palabras bruscas. —Si —meditó—, si me dijese todo esto sólo diría la verdad. Después, para tranquilidad de Mamá, las chicas me insinuarían que levantase la hipoteca de la casa. Siempre les digo: véndala; pero ellas creen que es porque quiero mi parte. En cambio, ya con diez mil pesos, se darían cuenta que lo digo para el bien de ellas. Que deben venderla aunque sa una tradición de familia.

Inmediatamente se le apareció la imagen de la madre objetándole:

—Hijo; ¡crees que con diez mil pesos todo se arregla! La hipoteca sola es de...

—Y mi casa... —recordó. Metió las manos en los bolsillos y se dijo:

—Verdaderamente, diez mil pesos no alcanzan.

—¡Diez mil pesos no alcanzan! Después tendré que guardar algo, para educar a los chicos. A María es capaz de ocurrírsele que tome una institutriz...

No tengo arreglo. ¡Ni con diez mil pesos!... ¡Bah! La felicidad no existe. ¿Pero yo no podría de algún modo ser feliz? ¿Ni con dinero? Es claro; cómo lo podría ser alguien con una mujer que rezonga continuamente, dos hijos y toda mi familia.

—¿Por qué tendré esta carga tan grande? —Y estableció su posición en el mundo. El, no era nada para los demás; únicamente recibía humillaciones.

—Ni los chicos te hacen caso —le había dicho su mujer; y él se defendía interiormente sin decirle una palabra a ella; qué iba a hacer; si la nena lloraba o pataleaba, el vecino del piso bajo se quejaría, el portero vendría a gritar que le debemos tres meses...

Pero si fuese rico, todo se arreglaría un poco. Hasta podría tener un escritorio en el centro, para trabajar a gusto como el del señor Hans. Este nombre le hizo asociar otras ideas y automáticamente rememoró:

—¡Señor Hans, por favor... por el pan de mis hijos, trabajaré el doble...

—No se aceptan pedidos lacrimosos.

—¡Ah, pero si lo llevo a encontrar otra vez, lo mato!

Y todo esto ¿qué tiene que ver con lo que yo pregunto? ¿Si podría ser feliz? Únicamente en aquellos tiempos en que andaba con Villareina.

¡Qué faras en el Tigre! Si entonces hubiese tenido trescientos pesos de sueldo y la "voiturette" de Villareina.

¡Cómo me miraba entonces María! ¡Ah! pero con trescientos pesos, o los diez mil del billete, en ese tiempo, no la elijo. ¡No la elijo! Yo estaba en condiciones de haberme casado con: Eugenia, Delia, Nérida... ¡Porque mi casamiento fué mi ruina!

¡Qué carácter había tenido María! ¡Y qué se podría esperar también, de la hija de un carnicero? Me parece que fuera en este momento, cuando el padre me dijo: —Usted se lleva la chica pero no mi plata—. Yo le hubiera contestado que no quería una ni otra. Pero ella se colgó de mi brazo y me miró sonriendo; y yo, como si conquistase un tesoro, le contesté: —¿Cree que preciso algo más para mi felicidad?

Siquiera entonces tenía algo de aplomo; después me acostumbré a decir siempre: —Sí, señor—. Podría perder el empleo. Y en las casas de negocio se trabaja mucho. Lo explotan y uno tiene que decir siempre: —Sí, señor.

—Usted disculpe, yo no sé si la omisión fué mía. Y uno sabe que es del jefe, pero si lo dijese así, vaya a saber lo que ocurre.

—¡Estos haraganes! —le resonaban todavía, las palabras del señor Hans— quieren trabajar poco y hay que terminar el balance aunque sea el domingo.

Y en la casa:

—¿No comprendes? Los chicos no tienen zapatos. Trabaja, pide ascenso. ¡Ah, Dios mío! Haberse casado con un pobre diablo sin voluntad.

—Usted, por la felicidad de mi hija, debería sacrificarse. Usted tiene sobretodo y ella sin vestido para salir a la calle.

—Lo siento, hijo, pero apenas nos podemos arreglar con la jubilación, las chicas y yo. Después ya te has casado...

—Mirá, hermano, yo gano ochocientos pesos mensuales, pero tengo ocho mil de deudas...

—¿Cuándo piensa pagar?

—Dígame cuándo es el día que cobra y lo esperaré en la oficina.

—Deme algo a cuenta.

—Y te duermes tan tranquilo, zanguango; son las dos de la mañana y yo no pego los ojos.

Sintió que todo se obscurecía. Había caminado dos cuadras. Sentía frío.

—¿Por qué pienso todas estas cosas? —Y la última escena de su estada en la oficina se le apareció.

El se ponía el sobretodo lentamente. Los otros empleados, trabajaban con las cabezas más gachas sobre los libros, como para no mirarlo. Quizás supiesen que él les pediría dinero en esa situación. Ya todos sabían que lo habían despedido.

Alejandro Denis-Krause

SONETO

Oh, qué amargas ortigas el recado
con que otoño incorpora a tus mejillas
esa lluvia de brizas amarillas
que viene de la rosa del pasado.

Su perfume, su rostro iluminado,
no a la esperanza, su fulgor, humillas:
sí te quedas mirando las orillas,
el lejano contorno delicado.

Sacudida de un llanto sin ventanas
miras el cuerpo de las cosas vanas
deshacerse en el ángel de la brisa;

y que tú misma te deshaces; miro,
en el pájaro triste del suspiro,
en la voz con el tallo de ceniza.

Horacio García Paz.

EL TIEMPO OSCURO

Ya es raro que nos engañen las cosas sencillas; esas cosas de la calle, el hogar y el trabajo.

Una circunferencia de frío y silencio nos ha rodeado y nos tiene así prisioneros, so-

Tenemos siempre en el interior de nuestro corazón y en la superficie de la mirada, los, en medio del humano movimiento, que eternamente rebulle alrededor nuestro.

Una lejana infancia que deseáramos volver a vivir, y está en acecho para decirnos a cada instante que nunca dejamos realmente de ser niños; lo ha dicho, con otras palabras, una inteligencia de nuestros días: "Ese niño que vive dentro y espera a salir en una mirada".

La felicidad parece estar hoy desconectada por completo de nuestra íntima esencia como si representara un pecado imaginarla en todo acto vital; cada día nos parece un poco más Mito y un poco menos realizable. Pero no tenemos la culpa de ahogar así esa voz eterna que clama por la felicidad... ¡Es la circunferencia de frío y silencio que nos aísla de las zonas cálidas, alegres, sencillas, donde podríamos cómodamente hablarla!...

Si cada noche nos retiramos al reposo con el alma conturbada por un nuevo desorden de ideas y sentimientos y cada mañana despertamos con la voluntad predispuesta a recibir nuevos choques, es imposible anhelar la claridad. Apenas la ilusión toca levemente la superficie de nuestra existencia, aparece implacable el diente atroz de la realidad que nos rodea, vemos en todos los horizontes el amarillo Sol de la muerte, la miseria y la ruina.

Y a pasos breves, de uno en fondo, nos encaminamos por el camino de esas realidades como quienes marchan a un sacrificio del que nunca han tenido idea y al cual jamás llamaron.

A pasos breves nos hemos ido alejando de las cosas sencillas; los días furiosos del presente nos enseñaron a desconfiar de tantas puerilidades, de tantas blanduras como tiene la sencillez; nuestra frente endurecida por el temple de las noticias extraordinarias, caldeada por el resplandor de lejanos incendios, hunden sin misericordia todas las blanduras que alguna mano piadosa pretende oponer a nuestro paso.

Si renunciamos a todo eso, no es nuestra la culpa; vivimos la época oscura del arrebatado, la tragedia, el miedo y el martirio. Existen en algún continente de la tierra, hombres con las horas contadas; seres que abren sus brazos a la muerte próxima y se aferran a ella cuando llega como buscando una liberación; existen en ciertos lugares del mundo auroras teñidas de llanto y noches pobladas de incertidumbre.

Existe en algún sitio del planeta una cosa horrible llamada guerra. Ella es quien nos ha colmado de indiferencia para con todas las cosas humanas; ella es la culpable de nuestra soledad moral en relación a nuestros propios hermanos; la guerra nos ha enseñado el lenguaje duro de los cables, la fatalista frialdad de las noticias y el desinterés artero de las informaciones presentes. En esta escuela cruda del martirio, instituida por la guerra, aprendimos a borrar la risa del rostro, la piedad de las manos y a disimular la ternura del corazón.

No es culpa nuestra, amigos míos, si rodamos todos los días una senda gris de silencio y turbación.

El roce fugaz de otro hombre por las calles, ya no puede ser para nosotros esa cosa leve y, sin embargo, eterna por la cual se alegraba un tanto nuestra existencia.

Una sonrisa sincera del prójimo no es más que una mueca abierta en una cara. El llanto de una madre no es sino una debilidad pasajera. La muerte misma, ya no tiene ese significado oculto, misterioso y mágico de otras épocas por medio del cual sabíamos amar la vida.

Entonces... ¿qué puede importarnos el aliento humano, la aventura humana, la vida humana, si apenas reparamos en la muerte como en un hecho más de la parábola humana?...

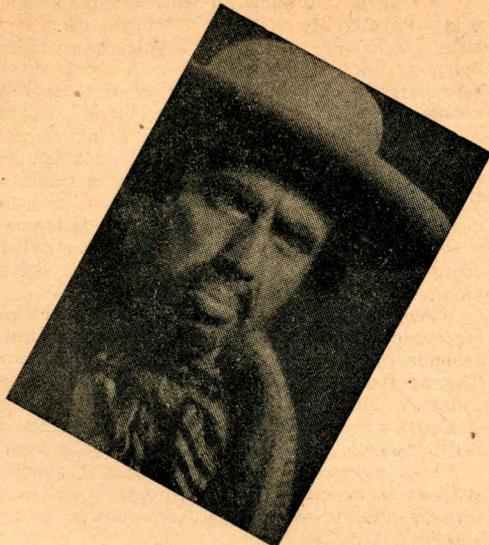
En este descendimiento a regiones cada vez más tumultuosas, olvidamos a quien nos acompaña, porque en primer lugar nos olvidamos de nosotros mismos, viviendo un sueño de ojos abiertos.

Si está lejana e invisible la hora en que otra vez volveremos a querer las cosas sencillas, a presentir la felicidad, a conocer la ternura, amigos míos, está lejana e invisible también nuestra realización como seres humanos.

El estado del hombre, como cosa viva dentro del universo, es la paz. Eso es lo que hoy nos falta: paz. La paz de las maneras humildes, la paz del ánimo y la conciencia; la paz de la comunicación.

Nos falta la paz que no tiene precio y que por eso mismo los bárbaros nos confiscan siempre, para darnos, en cambio, el emolumento de una hosca indiferencia y un recelo gris por la vida.

HUGO D. PANNO



LOS AFINCAOS

La primera parte de "Los Afincaos" carece, es cierto, de metáforas fotográficas. Todo detalle que favorezca el rol de los actores ha sido sacrificado. La máquina fotográfica, enfocada con maestría, realiza los contornos donde se ha de fijar la acción, mientras la música autóctona coadyuva a tomar al espectador hasta fundirlo en el ambiente.

Hay, sin embargo, en esta introducción a la escena, una imagen que habla por todo un texto, la de los dos hermanos, de "Los afincaos", que aparecen por encima del cerro, en el horizonte y al instante se dirige hacia el suelo enfocando un lagarto que se arrastra pegado a la tierra; figura repugnante que no puede menos que expresar la psicología de los dos personajes.

Luego la línea del drama entra en escena y sigue recta y ampliamente expuesta.

Apenas las sombras de la habitación tienden a ocultar los rostros dominados por el terror de las dos mujeres cuando el menor de los "afincaos" fuerza la puerta. La acción brutal no se disimula ni suaviza. Fresky debe obrar en forma brutal y abiertamente expuesta. De esta escena sólo se podía salir medianamente victorioso. No hay un recurso escénico, ni un detalle intelectual que permita imaginar sin que el actor tenga que hacerlo. Igual la maestra, Catalina Asta, a lo largo de todo su drama. De aquí la ingratitude de sus roles.

Esta primera parte de la película se convierte en el desarrollo documental de un argumento destinado a penetrar crudamente en todas las conciencias. Belleza y habilidad en la técnica fotográfica constituyen el único goce intelectual que Barletta se ha permitido.

Pero el artista no puede evitar de ser un gozador de su obra. El goce artístico se detiene, se prolonga en el refinamiento y satisfacción de los detalles. Así surge la imagen, como necesidad anímica de un deleite en el artista y también como necesidad creadora destinada a intensificar la obra; a sensibilizarla; a devolver la realidad tan profunda y palpitable como la realidad misma. Debe ser precisamente la misión del arte cuando se aplica a trabajar con materia extraída de la realidad y lo anima un fin social y humano. La calidad del artista será visible en la forma de sutilizar un detalle, de presentar una imagen.

Es de la naturaleza artística del realizador que ha de desprenderse la inteligencia y la justeza en el empleo de la imagen, de la metáfora, de lo intelectual, en el cine sobre todo. De lo que para los ojos vulgares pudiera pasar por innecesario; de lo que suele llenar su finalidad en la armonía del conjunto, sin que sea percibido; de lo que para el espectador también de esencia artística, de refinamiento intelectual, constituye el elemento que ha de prestar agilidad, vigor y vuelo a la obra.

Barletta, fiel al propósito que animó siempre su conducta y a la línea del Teatro del Pueblo, de no hacer concesiones de ninguna naturaleza, tampoco las hace en su primera realización cinematográfica. Hasta sacrifica su goce de artista, su espíritu creador y aun pone en peligro el lucimiento de los actores, para que el drama llegue directamente, sin complicaciones intelectuales. Estampa su voluntad revolucionaria con firmeza y valentía en el realismo, en la desnudez del drama, que es para el organismo social, como la herida que abre la experta mano del cirujano con el noble fin de salvar una vida.

Pero, la sensibilidad de goce artístico, el espíritu creador de Barletta, no puede verse reprimido en toda la extensión del drama. Surge y se fija con sobriedad, con arte en la segunda parte de la película. Y es precisamente lo que la hace superior a la primera. Cuando Barletta imagina; cuando crea; cuando detiene su goce en el relámpago vigorizador de una imagen, en el calor y color de un detalle, es también cuando surge aún más destacado y vigoroso el drama norteño de Enzo Aloisi y González Arilli y se evidencia la calidad artística de un Pascual Naccarati y de una Josefa Goldar.

Hay momentos en que las imágenes hablan por sí solas. El brasero, consumiéndose el fuego, da la noción del tiempo que transcurre, de la noche que pasa y la angustia se apodera aún más del espectador ante el silencio de la escena; ante lo presentido; ante la inmovilidad de las cosas que hablan. No se puede menos que manifestar que esta parte de la cinta ha sido lograda magistralmente.

La primera película del Teatro del Pueblo marca una etapa de superación en el cine argentino.

Luchar por la superación del arte es luchar por la superación del hombre.

9 de Julio, Pvcia. de Buenos Aires.

Clara Susana Conti

una de dos



MUJERES DEL SIGLO XX

Cómo las muestra el cine

Cómo no quiere mostrarlas

Muerte Lírica

MI MORIR NO SERA UN MORIR SERENO.
BREVE LA PIEDRA Y GRANDE EL REMOLINO,
EN EL NAUFRAGARA TODO LO BUENO
APRENDIDO A LO LARGO DEL CAMINO.

LOS VIENTOS QUE MOVIERON MI MOLINO
DIRAN EN ESE MAR UN CUENTO AMENO
CON LAS MISMAS PALABRAS QUE A MI FINO
VASO HABLARON DE MIEL Y DE VENENO.

Y HABRA FIESTA EN EL MAR CUANDO LA PIEDRA
TRACE INFINITAS CURVAS EN EL MURO
ONDULANTE Y PROFUNDO: BLANDA HIEDRA

SUMISA Y FIEL COMO UN AMOR DIVINO.
ENTONCES MI MORIR SERA TAN PURO
COMO EN LA VID EL ESCONDIDO VINO.

Mario Luis Descotte

MARIANO MORENO

nuestro primer demócrata

Hacia 1810 el Virreynato del Río de la Plata vivía horas de profunda crisis política y económica. La conciencia criolla, sordamente primero, con claridad después, rumiaba el descontento. Cualquiera cosa iba a romper el equilibrio tan inestable, y la prisión del rey Fernando o la invasión de Napoleón, lo desencadenaron. El 25 de mayo, los dados de hierro fueron arrojados... Pero, había que encauzar las fuerzas de esa tormenta y hacer de la revolución algo más que un alzamiento o una chirinada. Eran menester 3, 2, un hombre, **alguien**, que pasando por sobre el torbellino o junto a él, no perdiese la firmeza en su puesto; algo así como el centro fijo de un mundo, que giraba entero sobre sus goznes. Cerebro y nervio, valentía y arrastre. Lo hallamos en el águila caudal de la revolución, en Mariano Moreno, que cumplió la carrera prodigiosa de aquellos que no reciben un destino sino que lo hacen. Fué como una saeta luminosa, arrojada a los futuros horizontes de la patria.

Primer hijo de ella (existente tan solo en las aspiraciones de todos), fué también nuestro primer demócrata, a pocos pasos de la revolución Francesa y de la independencia de los EE. UU. Perfecto catador del momento en que actuaba, sabía que era menester **hacerlo todo**, y por agregado, hacerlo bien. ¡Y a eso se lanzó!

Por su gravitación partieron ejércitos rumbo a destinos dispares, se democratizaron los empleos, se saneó la charca pútrida de la administración colonial y se introdujeron mejoras innúmeras en el orden administrativo, edilicio, policial y de sanidad. Se fundó la primera biblioteca pública, de la que él fué protector, y se creó el primer periódico verdaderamente criollo, verdaderamente nuestro: la GACETA de Buenos Aires. Con tales medidas de disposición, ejecución y administración, fué dando forma a su pensamiento enorme y creador.

Pero había aun más: sentía la patria tan hondamente, que aspiraba a desbrozarla de entre las formas tumultuarias e inconexas de la revolución. Quería asegurar para la recién nacida, desvalida, sin tradición, casi sin geografía, ahogada en sangre y humo de luchas, un futuro libre de mandones; y entonces, el pionero de nuestras libertades públicas, nuestro primer demócrata, se lanzó bravamente a decir **su verdad**. La llevó tan a lo hondo que se obligó a sí mismo, antes que a nadie, a no sentir ni por asomo las sensualidades del poder... ¡de ese poder que él tuvo durante muchos meses en sus manos, ocupando **un** puesto y desempeñándolos a **todos**!

Reclamó concretamente: un pueblo soberano, regido por mandatarios que encarnen el voto de esa misma voluntad colectiva; un pueblo civilmente educado, "arrancado de la ignorancia en que ha vivido de sus propios derechos, y donde cada hombre sepa lo que vale, lo que puede y lo que se le debe", instruido de tal suerte que nunca "logre obrar sin discernimientos evitándose así el mudar de bandones"... Y para el logro de tal meta no mezquinó esfuerzos; enseñó con el diario y el libro, con la "Gaceta" y el "Contrato Social".

Demócrata fiel, sostuvo que la felicidad de la patria de Mayo residía en el pronto dictado de una constitución a la que gobernantes y gobernados rindieran el más fervoroso culto, "de suerte que el ciudadano obedezca respetuosamente al magistrado y éste ciegamente a la ley". Consideraba que era deber de todo funcionario el recordar "que el que nos gobierna no debe ser un déspota, y que solo una constitución bien reglada podrá evitarlo"; y sentía, —hijo genuino de la Revolución, a la que comunicó su clima de fuerza y talento—, un horror tan entrañado por los despotismos, que ponía en guardia al pueblo advirtiéndole que "no debe contentarse con que sus jefes obren bien; sino debe aspirar a que nunca obren mal".

Sobre todos estos temas, él, que tanto aportó al molde de nuestra personalidad como país de libertades, es categórico: "El magistrado debe tener un religioso respeto por la alta confianza que mereció de sus conciudadanos", "debiendo valorar la opinión del pueblo, y siendo inexorable en sostener los derechos de la justicia".

En materia de gobierno quería que todo fuese de una claridad prístina: nada de regímenes fundados en el ocultamiento o la oscuridad; no, pues el pueblo tiene el derecho de "saber la conducta de sus representantes y el honor de éstos se interesa en que todos conozcan la execración con que miran aquellas reservas inventadas por el poder para cubrir delitos".

He aquí por qué reclamaba la publicidad de todos los actos de la Junta y por qué insistía en que "se diese acceso a la verdad y a la introducción de las luces y de la ilustración, y que no se reprima la inocente libertad de pensar sobre asuntos de interés universal".

Y si reconoció para esta última algunas restricciones, fué porque comprendió que tal actitud era necesaria en esa hora definitiva de nuestra vida institucional, y solo en esa.

En suma: poderes controlados muy de cerca por el pueblo en cuanta providencia

adopten, para "lograr así que los "gobernados no revistan el carácter de un grupo de esclavos o de una majada de carneros y que los gobernantes no puedan revestir otro que el de ejecutores y ministros de las leyes que la voluntad general ha establecido".

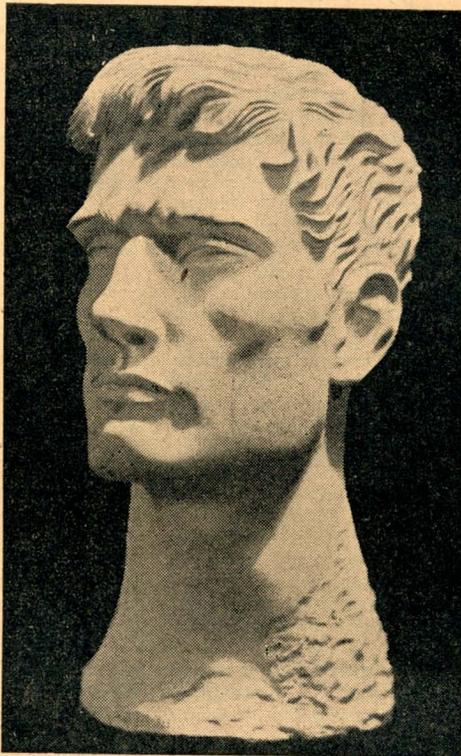
Mariano Moreno fué el símbolo de esa juventud de Mayo que llevaba hecha fuego en las venas, la revolución. Con su carga de apasionamientos y de intransigencias, pero por encima de ellos, de ideal y de verdad, arremetió contra todo lo que pudiera apartarla de su fin: alzar la patria. Y frente a tal meta no tuvo ni siquiera el temor de empeñar su fama ante la historia con actos de extremo terror, o extrema justicia.

La vida de Moreno se alza hoy para la democracia argentina, como una lección feraz. Gobernantes y gobernados debemos volvernos a él, en estos momentos de angustia colectiva y abreviar en lo que su pensamiento tiene de palpitante, de actual, que ciertamente no es poco.

En marzo de 1811 se alejó de la patria con la misma sabor amarga que se llevó una vez Rivadavia a su exilio voluntario; o con el mismo dolor de aquel otro gran combativo que, al igual suyo, se apagó en el mar: Avellaneda. Al partir hubiera podido decir: "Mis manos están limpias"... también lo estaba su alma! El 4, calló para siempre este hombre que había hablado un lenguaje de libertad, de valentía, de verdad.

Fué un realizador enorme; fué un gran cruzado de nuestras libertades; vió muy lejos y muy claro; por eso su muerte contribuyó a retrasar en varios lustros nuestra organización institucional.

NOEMI VERGARA MISITO



ESCULTURA DE
JUAN SAPIA

de la exposición que realizó en el Teatro del Pueblo



Correo para el autor de /Corazón del Oeste/

Vicente Barbieri:

Decididamente, la vida tiene su pérfida, su insinuante manera de hacérsenos inapreciable, de ligarnos a recuerdos y aconteceres que la justifican plena y fervorosamente a cada instante. Puede ser, por ejemplo, un día de Diciembre, una tarde lluviosa de un día de Diciembre, desolada y sola, y estar nosotros solos y desolados, con esa turbia desolación que nos impide delimitar con exactitud donde termina la tarde y donde comenzamos nosotros desteñidos, perdidos, lluviosos en tanto espacio y tanta soledad. La vida tiene sus medios infalibles de devolvernos a nuestra cotidiana personalidad. Puede ser el gorrión aterido contra los cristales, la amapola inusitada con su fulgor entre la lluvia, el cartero...

Alguno de ellos fué el que me trajo una tarde de Diciembre tu "Corazón del Oeste". Tu hermoso "Corazón del Oeste" con una hermosa dedicatoria (que Dios nos deje merecer). Puede haber sido un pretexto, porque la vida tiene su terminante, su definitiva costumbre de hacérsenos presente cuando no quiere que se confundan sus criaturas y sus accesorios; cuando no quiere, supongamos, que J. G. F. B. se convierta en una tarde lluviosa, tediosa, interminable.

Y desde la llegada del gorrión, amapola o cartero, quedé delimitado y entusiasta. Léí tu libro, escribí varias cartas y me puse a pensar en la posible existencia de una ultra-fotografía con destino a zonas afectivas y rememorativas; me puse a pensar en un campo, en un toro, en un río, en una caudalosa tropilla ultra-registrados en color, olor y movimiento para una región interna no identificada del hombre.

Ya tengo para mis recuerdos tu "Elegía campesina" y tu "El Bosque persuasivo" de trascendente belleza. Por ahí te buscaría siempre. En esos poemas se te notan los músculos, las arterias, el paso sobre la tierra. Porque hay algunas partes de tu libro que me gustarían con más sangre y menos mármol, con más desesperación y menos perfección, con más Vicente Barbieri andando y gesticulando entre símbolos vivientes y vehementes. (Cuestión de temperamentos, tal vez. Dificultades del poeta metido a comentar poesía ajena, luchando vanamente contra sus gustos, sus predilecciones).

En tu libro está ese oeste nuestro, verde y ganaderil. Yo escucho en él por momentos ese sordo mugir del "toro bermejo en campo verde", ese redoble de cascos de las caballadas desmelenadas por el pampo y siento que me invade tu río Salado desde una infancia pescadora y aventurera, ensordecida de patos y teru-terus. Pero no quiero callarme algunas sorpresas. Organizas y conduces el paisaje, nuestro paisaje, con tanta perfección y limpieza que me sorprende, de pronto, la aparición inesperada de algunas "torres amantes", de algunos "castillos",

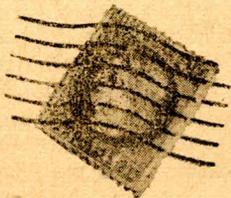
de algunos "caballeros" e "infantinas", de alguna que otra voluntaria oscuridad... Sí. Ya sé, ya sé. A la realidad vivida, al paisaje metiéndose en el cuerpo por los cinco sentidos se suma, un poco inevitablemente, la realidad soñada, la irrealdad transcurrida desde nuestra infancia a través de tanta lectura, de tantos años, de tanta conseja que ya se han confundido con nuestra misma infancia, con nuestra adolescencia vanamente heroica, violentamente sumisa a la hermosura y a la heroicidad. Pienso que en poesía todo puede tener su razón de ser, su oculta y oscuro manantial lírico. Pero pienso asimismo que desde el certero nombre de tu libro hasta su previsto plan general te obligaban a olvidarte de aquellos personajes o cosas cuyas esencias no confluyen a la total armonía del paisaje plasmado por más que cada uno de ellos lleven en sí una fuerza poético-evocativa indudable. Y pienso todavía que ni aquel reflejo recordativo de que hablo más arriba alcanza para justificar su inclusión. Será, repito, una simple cuestión de temperamento porque para mí los sauces, los trigales, los potros (musicales de tan perfectos) me oscuren la visión, la revisión, exacta del pasado confuso. Es decir, mi paisaje actual me ha invadido desde la infancia, ha derribado algunos accesorios del recuerdo para poblarlo con retrospectivos sauces, retrospectivos trigales, retrospectivas lluvias. Esta predisposición particular me invalida para opinar libremente pues estoy acechando tu corazón del poniente con parcialidad, desde mi propio corazón, desde el paisaje que crece dentro de mi corazón, también del oeste, cruzado y salado por el mismo río, purificado por el mismo oxígeno y los mismos cordones infantiles y dulces. (Percibo aquí mi inexcusable egotismo y lo acuso. Padezco de un atenuado o disfrazado narcisismo: me aprovecho de los demás para hablar de mí, no logro dejarme a un lado por completo).

Santa Fé, Entre Ríos, San Juan tienen ya sus Pedroní, sus Mastrovardi, sus de la Torre con la raíz bien afianzada a sus suelos. El verde corazón de Buenos Aires está aguardando a su poeta con una corona de trigos y un abrazo fluvial. Creo que ya le nació y se le acerca con paso firme y decidido, regulado y derramado desde su corazón del oeste. Yo espero y confío en que ese corazón se te derrame del todo, menos controlado, menos contenido. Con las arterias y las venas latiendo a flor de piel, aunque te llenes de cardos y de crines o te confundan con un árbol o con un junco en la laguna.

Te pido que no olvides que todo esto lo he dicho porque mis caballos, mis árboles, mi sangre han invadido tus dominios con la insolente pretensión de exigir a los tuyos su mismo pelo, su mismo verdor, sus mismos ardores. Te pido que no olvides que no es ésto un juicio crítico sino una carta.

Desde este campo y esta soledad que tan bien conoces, mientras Enero derriba las últimas espigas, alzo mi mano (o un pez futuro, o un tallo verde) y te la tiendo como un río.

Juan G. Ferreyra Basso





POESIA

La mucama dijo al doctor que un hombre de humilde apariencia quería verlo. El doctor estaba abrumado de trabajo; sin embargo, accedió a recibirlo.

La mucama le franqueó la puerta y le invitó a sentarse. El hombre no quiso hacerlo; los sillones le parecerían, quizás, demasiado lujosos. Quedó de pie junto a una estatuilla de bronce. Los brazos caídos, laxos.

Los clientes salían y entraban siguiendo un turno prefijado. Ya restaban pocos. Los últimos, dos señoras ancianas, impedidas casi; estuvieron mucho tiempo adentro. Inacabable. El hombre se apoyó en el respaldar del sillón; el cansancio podía más que el respeto. Por fin salieron. Muchos saludos y zalemas en la puerta. El doctor sonreía, cansado; las señoras, muy cumplidas, le agradecían la mar de cosas. El doctor de buena gana habría cerrado la puerta y tumbado en un sillón. Como el hombre que sufría junto a la estatuilla de bronce.

Finalmente quedaron solos. El médico se acercó al que esperaba.

—¿Es por una consulta? —preguntó.

—Si así lo cree —contestó el interpelado. En el fondo de la frase jugueteaba una sorpresa.

—De Ud. depende. ¿Se siente mal?

—Y mucho. Estoy agotado.

—Entre usted.

Lo llevó al consultorio. Blanco, muebles de metal. Sobre el escritorio un tintero magnífico, junto a él un cuaderno de tapa ajada, amarillenta.

El hombre se detuvo. Contempló el tintero y sonrió, luego puso la mano sobre el cuaderno. El médico esbozó un ademán de prohibición; se reprimió.

—Siéntese usted y cuénteme lo que le pasa.

—No podré pagarle.

—Eso lo sabía antes de venir y vino. Dejemos eso. No tiene importancia.

—No siempre se paga con dinero —contestó el hombre, y se sentó en el sofá.

—A usted lo he visto antes —dijo pensativo el médico—, no sé cuándo, ni cómo, pero entre usted y yo hubo mucha vida en común.

—Lo sospechaba. No recordaba bien su nombre. A cuántas casas fuimos. Cuántas registros. Los nombres se pierden. Se olvida el nombre de una flor. El supo, sin embargo, era más difícil olvidarlo.

El médico lo miraba: ¿cómo? ¿cuándo?

—Su rostro despierta en mí algo tremendamente bello y extraordinariamente terrible.

El hombre sonrió.

—¿Es usted poeta? —preguntó quedamente.

—¡Usted!

—Yo, el capitán. Lo recuerda usted. No he caminado hacia atrás. Era un pobre obrero al comenzar aquello. A mi estado volví. Todo volvió a su lugar.

—Menos los muertos.

—Menos los muertos. ¡Cómo pesan! No soy el de antes. Los años pesan, los muertos más. A tres he matado. A un viejo marqués. El tintero era de él. A un enfermo que no se podía mover de la cama, ni podía hablar. Y gritaba. Aullaba de terror en la casa abandonada. Y a un niño. Tenía los pies desnudos, una camisita blanca y un pañolón bermejo sobre la cabeza. Son mi escolta.

—Estuve encerrado en un hospital de locos. Loco. Usted no sabe qué es la locura.

El médico lo miró gravemente.

—No piense en ella. No piense en ellos. Usted pudo haber muerto a un cuarto y no lo hizo. Nos salvó de esto —y levantó el cuaderno.

—Yo lo creí poeta. Los versos me gustaron siempre.

—Era un médico en vacaciones. La revolución me sorprendió allá. No sé por qué sospecharon de mí. Hijo de campesinos, había estudiado hurtando horas al descanso. Estaba aterrizado. De mi casa habían desaparecido cuatro huéspedes. No se podía escapar. La muerte acechaba afuera. No se podía uno esconder: la muerte acechaba en la misma alcoba. Era una agonía. La del hombre sano que es asesinado. El terror no me dejaba ni estudiar, ni pensar. El día que llegaron ustedes había sido espantoso. El presentimiento me torturó el día entero. La casualidad quiso que encontrara este cuaderno entre los libros de uno de los huéspedes desaparecidos. Era un estudiante de letras. Ahí el cuaderno. Estaba lleno de versos. Versos de poetas griegos. Divinos. Era tan ignorante en poesía como ustedes y, sin duda, la amaba menos que ustedes. Pero qué palabras tan bellas. Nunca había oído otras iguales. Cuando ustedes llegaron me había olvidado de todo. Ya no temía nada. ¿A qué temer la muerte traída a mí por vuestros fusiles, si está agazapada en todas partes?

—Eramos muy brutos nosotros, pero a todos nos gustaban los versos. A mí más que a nadie. Le pregunté: “¿Eres poeta?” Y usted sonrió sin responder. Un compañero dijo: “Lee usted algunos versos”. Nos sentamos a su alrededor, pusimos los fusiles sobre las rodillas y usted empezó a leer. Qué bien leía. Los versos parecían yuntas de bueyes blancos en nuestros campos. No sé por qué los veía así: calmosos, lentos, blancos, callados. Leyó todo el cuaderno. Recuerdo todavía un verso: el hombre pesa menos que una sombra sobre la tierra.

—Y nosotros lo íbamos a matar, a usted, que nos había hecho olvidar: a mí la pobre hermana asesinada por los otros; a mi compañero Blas al padre fusilado. Nos miramos un instante; usted estaba salvado. Le conseguimos pasaporte. Yo se lo llevé esa misma noche con el tintero.

—Esa noche huí. Llevaba el tintero y el cuaderno. Un poco de nuestro país en tierra extraña. Un poco del tiempo ido en nuestra vejez.

—Un poco de bondad para mí que he muerto a tres. A un marqués, a un enfermo que no podía hablar y a un niño de pies desnudos...

—Pero has salvado a uno; eso basta.

Callaron el médico y el hombre. Este, después de vacilar, suplicó: léame otra vez los versos.

En el consultorio frío del sabio moderno, resonaron los cantos de Tirteo y de Safo. De Anacreonte y de Baquílides.

RENATA DONGHI DE HALPERIN

LA COPLA DESACOPLADA

1

Se me ha quebrado la copla,
como vaso de cristal.
(El hombre se está matando
¿cómo es posible cantar?)

2

Por cada guiño de estrella
un hombre mata a otro hombre.
(Que se me quiebre la copla,
niña amada, no te asombre).

3

Se necesita la boca
para cantar,
y hoy solo sirve la boca
para insultar.

4

El lago duerme, el río pasa;
la nubl se vuela, la luna es blanca;
el sol se quema, la fronda charla;
la piedra piensa, el hombre... mata.

MIGUEL GALLUZZO



Primeros

atisbos del teatro afroyanqui: LOS MINSTRELS SHOWS

Durante varias generaciones un tipo muy pintoresco de espectáculo teatral dominó la escena en los Estados Unidos. Era el de los menestreses o "minstrels shows".

Esta curiosa modalidad artística tuvo su humilde origen en los grandes predios del sur de la Unión. Cada plantación contaba con un grupo de artistas que cantaban y danzaban acompañándose de banjo, tamboriles y de un instrumento construido con costillas de oveja, que es de lo más típico de los creados por los afroamericanos: el "bone".

"Cuando el dueño de una plantación deseaba entretener a sus invitados, no necesitaba sino llamar a su "troupe de menestreses", ha escrito el malogrado poeta de raza negra James Weldon Johnson.

En los comienzos, estas compañías teatrales actuaban en las haciendas a que pertenecían sus integrantes. Pero cuando las restricciones que imponía la esclavitud permitían, efectuaban cortas jiras por los plantíos de la vecindad. Muchos de estos conjuntos de menestreses estaban compuestos por esclavos manumitidos o libres, siendo así posible realizar excursiones artísticas por diferentes pueblos.

Contrariamente a lo ocurrido con otras facetas del aporte del negro norteamericano al arte, los "minstrels shows" llegaron al público de las grandes ciudades no por medio del vehículo natural y lógico, que eran los conjuntos genuinos, integrados por sus propios creadores, la gente de color, sino a través de las convencionales e intrascendentes interpretaciones de los blancos.

En efecto, ya en 1830, actores, cantantes y músicos blancos habían hecho su presentación en los teatros, en espectáculos de esta índole.

Fué precisamente ese mismo año que Dan Rice, uno de los primeros artistas blancos del género, introdujo en una sala de Louisville un número teatral que había aprendido a un viejo esclavo apodado "Crow" (cuervo). De tal magnitud fué el éxito que obtuvo, que decidióse a continuar cultivando esta forma teatral, que para muchos constituye la más seria contribución de los Estados Unidos a la escena.

Más tarde, Dan Rice se presentó en el teatro Bowery de Nueva York (noviembre 12 de 1832). Y no sólo duplicó sus triunfos, sino que echó los cimientos artísticos y comerciales de estos "minstrels shows", que, a partir de esa fecha iban a erigirse en la atracción de mayor gravitación de los escenarios estadounidenses.

En tres partes se dividía este espectáculo, que el cinematógrafo ha hecho conocer en diversas películas, tales como "Madre mía", "Días venturosos", "Río abajo", etc. El maestro de ceremonias o "interlocutor" abría la función con una serie de chistes dirigidos al público y a los demás artistas de la compañía, en particular a los tradicionales "Mr. Tambo" y "Mr. Bones", que eran los encargados de ejecutar el tamboril y los "bones", especie de castañuelas. Matizaba las parodias y humoradas de estos actores un coro vocal, entonando cortas canciones, por lo común de tono pintoresco e intrascendente. Ponia punto final a esta primera parte la intervención de todos los elementos de la "troupe" en un acto denominado "walk around".

La segunda consistía en lo que se ha dado en llamar "olio", es decir, un "pot-pourri" o "hodge-podge", a cargo de varios artistas, entre los cuales destacábase uno de ellos, que se trababa en un contrapunto con el maestro de ceremonias.

Y, por último, la tercera parte comprendía la entonación de canciones y la ejecución de instrumentos —el banjo, preferentemente—. Se repetían los chistes, con alusión a los acontecimientos de actualidad, y finaliza el espectáculo.

Todos los componentes de la compañía, a excepción de los citados personajes, que desempeñan papeles "solistas", se ubicaban en la escena formando un semicírculo

o más bien una herradura. "Mr. Interlocutor", o sea el maestro de ceremonias, se sentaba en el centro del escenario, "Mr. Bones" a la izquierda y "Mr. Tambo" a la derecha.

Actuaban los artistas ataviados con convencionales trajes de etiqueta, con pantalones a rayas gruesas y de colores detonantes, grandes corbatones y ridículos cuellos "palomita", o exageradas vestimentas de las que usaban los negros en las faenas de las plantaciones.

La música en los espectáculos de menestres hacía las veces de telón de fondo. El repertorio se nutría con las llamadas "canciones sociales" de los negros, grupo de cantos seculares así llamado para diferenciarlo del que componen los "work songs" y los "blues". Pero desarrollaron más tarde su propia literatura. "Old Dan Tucker", "Zip Coon", "Cotton-Ey ed Joe" y "Short'nin' Bread", que entre nosotros hizo conocer Isa Kremer, incluye lo más selecto de su repertorio.

Los cantos que difundían los conjuntos integrados por blancos estaban, por lo general, en franca pugna con los intereses de la raza negra. Ridiculizaban las características físicas y psíquicas de los afroamericanos y su "slang" o jerga. Hasta el régimen económico en que estaban sumidos era objeto de sátiras.

Como un sitio idílico, donde la música, el banjo y las danzas alegraban los románticos atardeceres, era presentado el Sur terrateniente y esclavista, y sus enormes predios regados con la sangre de los negros. Los hombres de color eran objetos decorativos, pintorescos, curiosos... Nada decían de las "incomodidades" de las sórdidas cabañas donde los esclavos se hacinaban como ganado. Tampoco aludían a las quince horas de rudo trabajo en los lóbregos arrozales de Carolina del Sur...

Las antiguas danzas de los esclavos asomaron también a los escenarios de las grandes capitales, por intermedio de los menestres. El "buck and wing" y el "break-down", los "stop-times" y los "cake-walks" cobraron inusitada boga.

Cuando los intérpretes autorizados de esta modalidad teatral, los negros, consiguieron hacer su aparición en los teatros de las poblaciones norteamericanas, los blancos ya habían sentado el precedente a que nos hemos referido. Aquéllos, pues, viéronse obligados a seguir la senda trillada, a presentarse ante el público no como en realidad eran, sino según se los había pintado... ¡A tal punto tuvieron que llegar, que hasta se embetunaban la cara de negro!

El cinematógrafo yanqui y los novelistas del sur, como Octavius Roy Cohen, son los encargados de recoger los estúpidos dogmas sentados por los menestres.

Pero, sin embargo, en manos de los negros, quienes recién después de la guerra civil difundieron este arte simple y popular en las principales ciudades, parece que el género tenía muy otro sabor. Por lo menos así nos lo expresan no pocos comentaristas de la época. Dice uno de ellos: "Sus representaciones poseían el auténtico, característico y sano humorismo de la raza. Era un arte de jugosas raíces, una forma teatral altamente original".

La época de mayor auge de los menestres produjo una brillante pléyade de músicos y artistas. Tres nombres lograron tremenda notoriedad, y sus obras, a un siglo de haber sido compuestas, han logrado arraigo definitivo en el gusto del público. Nos referimos al genial y desventurado Stephen Collins Foster, al inspirado y errático James A. Bland y al fecundo Dan Emmett.

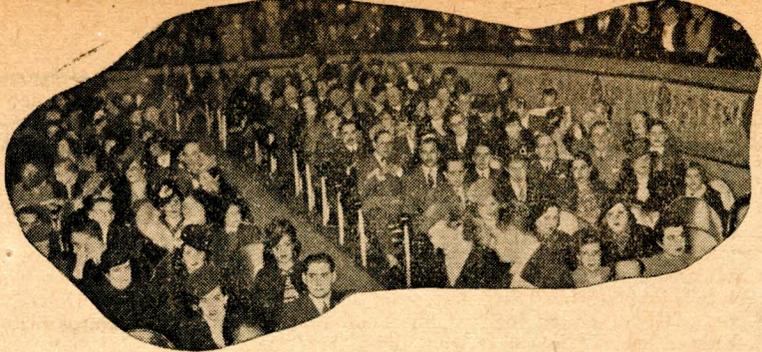
Dejando de lado los absurdos conceptos que por regla general difundían los grupos integrados por blancos, desempeñaron una función en su época. Contribuyeron en gran escala al conocimiento y a la divulgación de las danzas, la música y el dialecto de los negros, aunque más no sea que en versiones diluidas y "sofisticadas"...

Se hundieron, por último, a fines del pasado siglo, en las mareas circenses, de humorismo hecho en series y de sensiblería lacrimógena a lo "Cabaña del tío Tom".

Pero la simiente estaba plantada, y el camino expedito por la nueva etapa artística que el arte negro cumple en la hora presente.

NESTOR R. ORTIZ ODERIGO





**Público . . . público . . . público y más público. No estábamos des-
acertados cuando decíamos que el público prefiere el buen teatro.**

Días pasados estuve en el Teatro del Pueblo, y salí tan encantado de cómo dan ustedes "Las alegres comadres de Windsor", que casi sería de mi parte una mala acción no expresárselo de alguna manera.

Desde el pantagruélico Sir John hasta el amable pajecito que pone en el conjunto su nota de gracia joven, todos me han parecido admirables de comprensión y acierto. Es imposible ir más allá en la captación de las esencias.

Ya es mucho que cada cual haga su parte a la perfección. Sin embargo algo falta cuando las partes no integran un todo coherente y ajustado; y no me canso de admirar el acierto con que ha sido encarada esa exigencia fundamental de todo buen teatro. La pieza va surgiendo y se mantiene hasta el fin como un robusto tronco, flexible al viento de la fantasía, pero derecho siempre y bien aferrado a sus raíces.

De la escenografía, ¿qué más podría decirle, sino que parece un personaje más de la obra, inteligente y discreto?

Pero la gran maravilla, es como han comprendido ustedes —sentido—, la alegría shakespeariana. Algo de esto pudo notarse en "Noche de Reyes"; mas ahora la cosa raya en lo épico, que es donde debe rayar.

Si el gran William se ocupa todavía de la suerte de sus obras —¿por qué no?— estoy seguro de su encantada sorpresa, al ver animarse así, en un rincón de la South América del siglo XX, su farsa admirable.

René Bastianini.

Ex-Rector del Colegio Nacional
Manuel Belgrano



SALINERA HISPANO AMERICANA

Moderno Establecimiento Salinero

DE PEDRO PLAYAN

PRESENTA:

Un producto netamente argentino, una buena como la mejor extranjera.

Paquete de 180, 360 y 800 gms.

SAL FINA PARA LA MESA

Solicítela a su proveedor.

3244 - INCLAN - 3246

U. T. 61 - 3666 1309

BUENOS AIRES



SIN

COMENTARIOS

en el

teatro del pueblo

**Usan Cera
TULIPAN**

Editorial Conducta

Suscribase a la serie de diez libros

VOLUMENES PUBLICADOS:

- | | |
|---|---|
| 1 - Toda la Sed, novela de Eulogio R. de la Fuente | 3 - Diario de un pintor, con 37 grabados en madera de G. Cochet |
| 2 - Lo que no vemos morir, drama de Ezequiel Martínez Estrada | ★ 4 - La vida está lejos, misterio dramático de Horacio Rega Molina |

EN PRENSA:

- | | |
|--------------------------------------|---|
| 5 - Humanamente, de Juan Pedro Calou | ★ 6 - Un niño juega con la muerte, drama de Roberto Mariani |
|--------------------------------------|---|

DIEZ LIBROS — DIEZ PESOS

CORRIENTES 1530

U. T. 35 - 3606

BUENOS AIRES



MANUEL AGUIAR

*Decorador del Teatro del Pueblo que ha
realizado las exóticas decoraciones de la
pieza de Elmer Rice*



LOS PERVERTIDORES POR HELVIO I. BOTANA

Se trata de un enjundioso ensayo. El autor es un original intérprete de la historia. Logra síntesis asombrosas, en apretados capítulos. "El deber —afirma— que para consigo mismo tiene todo disconforme es buscar la génesis de la perversión del hombre, indagar las causas de nuestro dolor, descubrir el **pecado original**, no entre los mitos judíos sino entre las realidades de la historia, entre los pensamientos, padres de nuestros pensamientos".

Helvio Botana expone sus pensamientos sin tapujos y en una prosa directa, sin recovecos, ni lindezas para atenuar la aspereza de la crítica. "El peso de las culturas que nos rigen es tal, que parecería necesaria una larga introducción explicativa para llegar a decir: Platón es un perversido". Pone en el filósofo griego la responsabilidad de haber corrompido el espíritu del hombre, de haber tendido "una trampa de muerte a nuestros pies", por haber destruido la confianza del hombre en sí mismo, por haber introducido la duda y el escepticismo con su dialéctica demoleadora.

Su exacta versación histórica le permite establecer aleccionadores paralelos entre las distintas culturas y descubrir el principio de las líneas convergentes a la esclavitud del hombre, a la pérdida de su alegría de vivir, a su perversión. En resumen: un libro profundo, que exalta la gloria de vivir, fustigando a los que introdujeron en el hombre la simiente de la duda, la idea del pecado, y el renunciamiento a manifestarse ampliamente en su naturaleza.

crónica de los libros

LOS FRUTOS AMARGOS

por MAX DICKMANN

Difícil tarea es dar noticia en pocas líneas de libro de tanta enjundia. Puede adelantarse, empero, que con esta nueva novela, Dickmann, acrecienta la fama de narrador que tan justamente le ha otorgado su obra anterior, donde corren parejas la sagacidad de la observación y el claro estilo.

EL PAN NUESTRO

por JOSE PEDRONI

Con voces bíblicas, canta el santafecino, la gesta del trabajo. Su respeto y simpatía por el hombre que trabaja se traducen en nobles versos de sincera y pura emoción. Ha vuelto sus ojos a la tierra y sin alharacas pseudo-revolucionarias, exalta la amarga vida proletaria.

DEL CIELO Y DEL ESCOMBRO

por ARTURO SERRANO PLAJA

Cinco relatos de gran fuerza emotiva, pintan los días imperecederos de la resistencia republicana en Madrid. El poeta vuelca su pasión en prosa ágil y gráfica en las descripciones y en la psicología de los personajes.

El libro pertenece a la Editorial Nuevo Romance.

FILOSOFIA Y EDUCACION

por AUGUST MESSER

La Editorial Losada, con el buen gusto que caracteriza a sus impresiones, acaba de poner en circulación este volumen del autor de "Historia de la filosofía", libro que necesariamente han de conocer quienes se interesan por los problemas pedagógicos.

PROSAS PROFANAS

por RUBEN DARIO

Con muy buen acuerdo, la Editorial Tor en ediciones popularísimas, hace una revisión de la literatura que nutrió a la vieja generación y que no puede desconocer la nueva, si su cultura ha de tener una sólida base. Así la publicación de los libros de Ruben Darío, nos parece acertada, en una época en la que si bien estamos lejos de la mayoría de sus versos, muchos de ellos son de incommovible permanencia.

CANTARES DE SOL Y LUNA

por ARMANDO G. PALADINI

En su tercer libro, el poeta sigue su afanosa búsqueda de expresión y a veces consigue aciertos, aun cuando hay muchas voces superfluas en su canto.

POESIAS COMPLETAS

por JULIO HERRERA Y REISSIG

Losada publica este tomo de poesías del gran poeta uruguayo, con un excelente estudio preliminar de Guillermo de Torre y algunas ilustraciones, entre ellas una fotografía del poeta y su esposa,

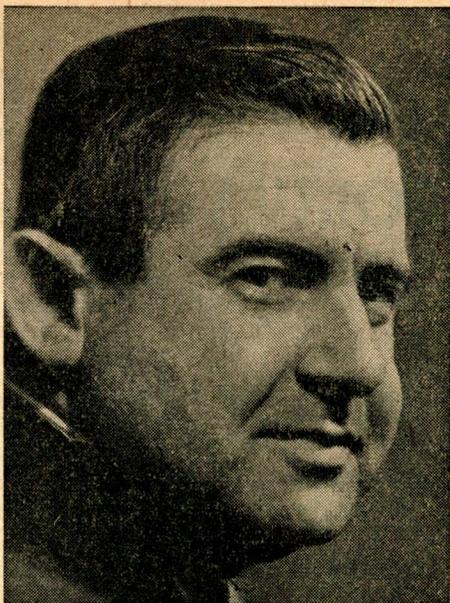
La
VIDA ESTA LEJOS
POR
HORACIO REGA MOLINA

Las "Ediciones CONDUCTA" del Teatro del Pueblo acaban de publicar en un magnífico volumen, el misterio dramático de Horacio Rega Molina, que representó en la pasada temporada, con extraordinario éxito de público y prensa.

En esa oportunidad, "Crítica", dijo: "Para compaginar este hermoso pensamiento, el poeta utilizó la forma versificada. Una poesía airosa, inspirada, surgida sin esfuerzo como agua de manantial, fresca, cargada de imágenes de finísima factura. Inútil sería buscar lugar preciso de ubicación a "La vida está lejos". Es nuestra porque lleva el acento de lo que nos pertenece; pero su mayor significación reside en el valor universal que conceptiva y formalmente tiene el poema. La vida campesina está descrita en sus ambientes calmos, en el dibujo de sus personajes, en la reciedumbre de los impulsos. El lenguaje es siempre pulcro, rico y sencillo a la vez. Detenerse a señalar los aciertos poéticos de Rega Molina en su nueva obra, sería esfuerzo además de prolijo, imposible: tantos son y de tan limpiadas facetas.



HORACIO REGA MOLINA



EDUARDO GONZALEZ LANUZA
Fotografía de Augusto I. Vallmitjana

Egloga pura

POR

EDUARDO
GONZÁLEZ
LANUZA

"Egloga pura" de Eduardo González Lanuza, publicada en "La Nación", señala una etapa de superación en el gran poeta. Aunque no estuviese respaldado por la vigorosa obra que le ha dado fama, esta composición bastaría para consagrarlo. El verso resplandece musical y límpido, desnudo y macizo. Entonces se comprende qué aporta la poesía moderna, tomando del clásico la gracia y la musicalidad de la palabra y enriqueciéndola de imágenes y conceptos.

Ya me despide el último jacinto
en el límite incierto
que separa al dormido del despierto;
subo por la espiral del laberinto
y al trasponer la séptima distancia,
cruzo el espacio puro
y aspiro la fragancia
del pálido país de lo seguro.

Emil Ludwig,

BOLIVAR, CABALLERO DE LA GLORIA Y DE LA LIBERTAD.... \$ 6.—

Una gran biografía del Libertador, por el más famoso de los biógrafos contemporáneos. Ateniéndose rigurosamente a la documentación histórica, Emil Ludwig reconstruye el ambiente y el carácter del personaje, con acierto magistral.



- ARCHIPIELAGO (TIERRA DEL FUEGO),** por Ricardo Rojas \$ 3.50
El gran maestro de la literatura argentina hace aquí un cabal análisis histórico y social de los confines australes.
- SEXO Y CARACTER,** por Otto Weininger \$ 7.—
Uno de los libros más impresionantes y discutidos de toda la filosofía contemporánea. Una biología y una metafísica de los sexos.
- PANORAMA DEL NUEVO TEATRO,** por José María Monner Sans \$ 4.—
Un estudio completo de las tendencias y figuras teatrales más significativas, desde Ibsen hasta el día.
- POESIAS COMPLETAS,** por Julio Herrera y Reissig \$ 5.—
 Toda la obra del gran poeta uruguayo, precursor de las nuevas tendencias líricas. Estudio preliminar por Guillermo de Torre.
- POEMAS ELEMENTALES,** por Francisco Luis Bernárdez \$ 2.50
Las últimas poesías de uno de los más significativos poetas argentinos.
- CONCEPTOS Y FORMAS FUNDAMENTALES DEL DERECHO,** por Fritz Schreir \$ 5.—
Un libro capital en la filosofía jurídica contemporánea.
- FILOSOFIA Y EDUCACION,** por August Messer \$ 4.—
Las ideas fundamentales de la filosofía en sus relaciones con la educación.
- EL JARDIN DE SENDEROS QUE SE BIFURCAN,** por Jorge Luis Borges \$ 2.80
Una muerte simbólica, una biblioteca infinita, una lotería implacable, un libro que abolirá la realidad.
- DEL CIELO Y DEL ESCOMBRO,** por Arturo Serrano Plaja \$ 4.—
Novelas de un nuevo y valioso escritor español que mereció elogios de Antonio Machado.
- CIENCIA NUEVA,** por Giambattista Vico (2 vol.) \$ 7.—
Primera traducción castellana de esta obra clásica fundamental.
- VIDA DEL PUEBLO NORTEAMERICANO,** por Faulkner, Kepner y Barlett \$ 3.75
La marcha ascendente de un gran país, desde sus orígenes hasta el día.
- DEL UNICO MODO DE ATRAER A TODOS LOS PUEBLOS A LA VERDADERA RELIGION,** por Fray Bartolomé de las Casas \$ 20.—
Primera traducción del texto latino. La obra máxima del "defensor de los indios".



EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131 ★ BUENOS AIRES



ELMER RICE

COMPANIA TEATRO DEL PUEBLO



Catalina Asta



José Alvarez



Remo Asta



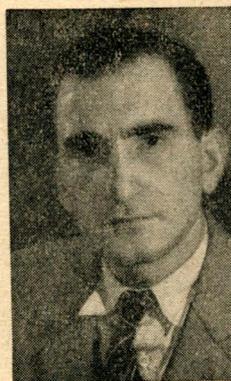
Juan C. Bettini



Mary Galimberti



Josefa Goldar



Mario Genovesi



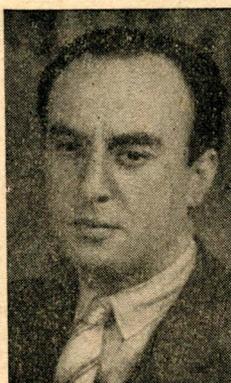
Fernando Guerra



Irma Mateljan



Mario Menéndez



Pascual Naccarati



José Pétriz

LA MAS ALTA CATEGORIA EN TEATRO EN BUENOS AIRES



B. Condou



Juan Eresky



Celia Eresky



Rosa Eresky



Oscar Gutiérrez



Elsa Hidalgo



Roberto Leydet



Mecha Martínez



Adolfin Robles



Elda Vázquez



Víctor Vidaurrázaga



Rafael A. Zamudio



TERCER CICLO

en su original sala de exhibiciones

CORRIENTES 1553

decorada por

JUAN CASTAGNINO - CESAR LOPEZ CLARO
MANUEL O. ESPINOSA - ORLANDO PIERRI



LAS OBRAS MAESTRAS
DEL CINE MUDO
LAS OBRAS CLASICAS

EXPERIMENTALES
DOCUMENTALES
CIENTIFICAS

y ahora...

Sojit habla,
Fiore comenta

en los /4 PUNTOS CARDINALES/ del país

por L.R.6 RADIO MITRE

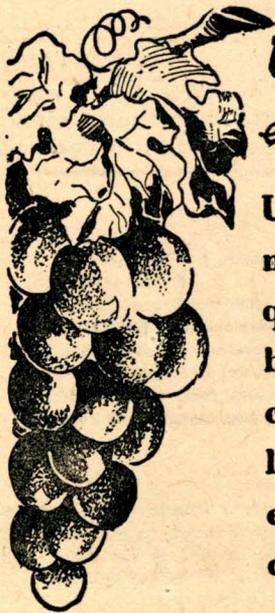
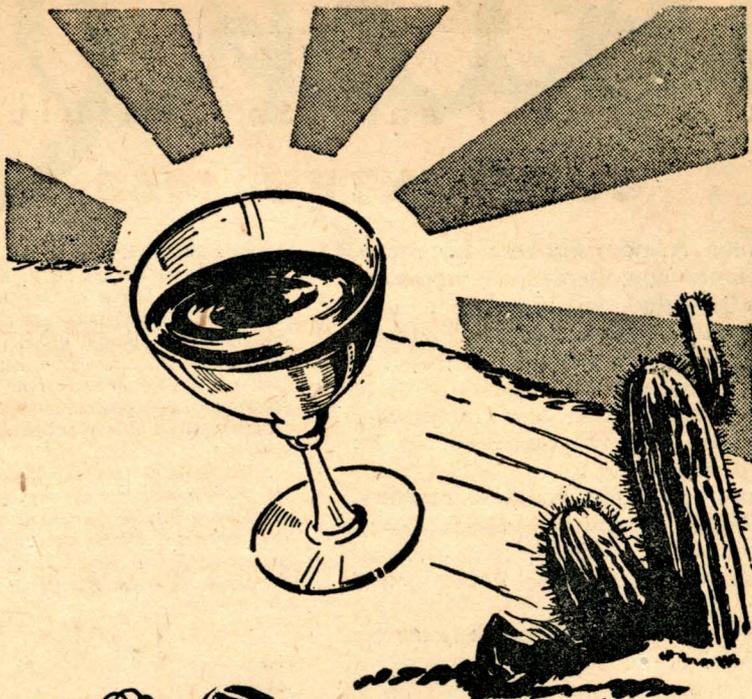
TODOS LOS DIAS DESDE LAS 19.30

VIERNES DE GALA DE 22 A 23

DIAG. NORTE 501

XENIUS
PUBLICIDAD

U. T. 33, Av. 0176



EL CALOR del SOL
en **CADA COPA de VINO**

Una sensación de cordialidad nos trae cada copa de vino que bebemos, es como si esa bebida hubiera atesorado el calor del sol absorbido por los racimos y nos devolviera en forma líquida los rayos del astro que anima la vida de la tierra.

JUNTA REGULADORA DE VINOS

Leyes 12137 y 12355

Ministerio de Agricultura de la Nación

Indische

La libertad, la igualdad, la fraternidad, son virtudes que no están al alcance de gobierno alguno. Pero pueden, como un constante ideal, alentar en el alma de los individuos. Y es a este estado de alma a lo que se llama democracia. La democracia, mucho más que un derecho a gobernar, es un estado de conciencia.

Horacio Quiroga.

Don Avelino Herrero Mayor, no contento con ejercer su magisterio con el vulgo, induciéndolo a españolísimos modos, critica a los escritores, y en su artículo de "La Nación", "nuestros escritores y el léxico", entre otras cosas atendibles, dice por ahí: "El modismo, en fin, es al idioma, lo que la sal al guiso: sazona, da sabor y **añade regusto**".

Añadir regusto es algo así como llover sobre mojado; pues, regusto es, sin complicaciones, volver a gustar.

Un escritor de los que no conocen gramática difícilmente incurre en ese exceso, advirtiendo que no se añada lo que se regusta, para no abundar en la expresión.

En fin, como se decía, bajo la dominación española: **mientras descansas, maja esas granzas.**

Serenado Apostrofando al pueblo...

Oye, tú...

asesino

de nuestros otros infinitos compañeros en la vida, (las vacas, gallinas, ovejas...)

i Frankenstein!...

Oye, tú... Condenado a Muerte, por Dios, o sea a envejecer o sea a podrirte, en vida y después en muerte, lo mismo tus descendencias y desde el Diluvio o sea el mar.

Oye, tú... ignorante... que en verdad La Tierra está inundada o sea cubierta por el mar o sea el Diluvio, exceptuando los campos de montañas en que ignorante le llamas "La Tierra", en que vuestros antepasados canallas como tú, mentirosos, pecadores absueltos, criminales, se refugiaron subiendo a ella burlando el Diluvio, burlando a Dios...

i Frankenstein!...

que andais todos sueltos y os entendéis y haceis gobierno.

Oye, tú... Qué, si Dios me envió a decirles a los Condenados a Muerte, antes unas cuantas verdades, también me dijo, que al hacerte sufrir el calor, desesperarte, 30 grados, mojarte continuamente, insolarte, es para una vez más ver milenariamente si con esto, asarte, te puede hacer desaparecer de "La Tierra". defraudada su inspiración: EL HOMBRE.

(de Habla Serenado, por BENJAMIN ESCULNE)



AVISO

No son del Teatro del Pueblo unos folletos que circulan con el título de Teatro del Pueblo.

Y EL PREMIO

presentan como "plato servido". Al público una película. Y si hay en ellas un poco

La opinión de cada uno:
Tú dices que valgo poco;
Yo pienso que cuestas mucho.

Tu boca...
Ya está
La copla.

LUIS CANE.

ORSON WELLES

Soy enemigo de los films simples, que se blico le agrada pensar, hacer deducciones ante de originalidad, tanto mejor. (De EL MUNDO)

Pero la Academia premio "Los martes orquideas" que Orson Welles entregara personalmente el premio.



ESTUDIO SHAWAND

CULTURA FISICA

el propósito de la educación es dar al cuerpo y al alma toda la belleza y toda la perfección posibles
— PLATON

GIMNASIA RITMICA

GIMNASIA

MASAJES

JUEGOS DEPORTIVOS

DANZAS



PROFESORA

VERA SHAW

Univ. de Wisconsin U. S. A.

PROFESOR

ALEX WANDSCHNEIDER

Kinesiologo — Fac. Med. Bs. As.

SANTA FE 2227

U. T. 41 - 4244

Correspondencia
secretario:
Mario S. Cao
Corrientes 1530
3 5 — 3 6 0 6

Solicitamos canje
On demande l'échange
Si sollicita contracambio
We ask exchange

Lea:

SUR
VERTICE
NOSOTROS

Este cuaderno
fué impreso con
Tintas Letta
en el antiguo
taller de
Lorenzo Rañó
(fallecido)

impresor de
dos generaciones
ordenado por
Leónidas Barletta
y compuesto por
el tipógrafo
Domingo Rocce
y los prensistas
Enrique Perdix
Antonio Del Mónaco
y el aprendiz
Miguel Mora,
con lineotipos de
Goggi y Peña
sobre papel de
ITURRAT S. A. C.



Independencia 3257
45, Loria 0688
Buenos Aires



**ediciones del teatro del pueblo de
buenos aires, en corrientes mil qui-
nientos treinta, en buenos aires,
república argentina.**